



PUERTO DE PUNTA DEL ESTE

(Fotografía Juan Caruso).

La temporada estival en estas magníficas playas del Este, tiene uno de sus mayores atractivos en los deportes náuticos, congregándose en la linda bahía numerosas embarcaciones de excursión, muchas de ellas con banderas de países vecinos, que le prestan animado aspecto.

COMO ha dicho Jean Cocteau, "somos en la historia la primera generación que ha pasado su infancia en el cine"; nos corresponde pues, rendir reverencia a sus inauditos progresos y exigirle el máximo de aspiraciones para llevarlo, en el mismo ritmo vertiginoso a los puestos de la más alta jerarquía.

Con este propósito fué que surgieron, hace ya algunos años, los festivales cinematográficos que, después se han ido extendiendo y repitiendo en diversas latitudes del mundo. Son la exhibición y la crítica; el paso obligado que tenía que dar el cine como expresión de arte maduro. Los primeros pasos del cine se parecieron a los que, años más tarde dieron aquellos aficionados a la radio que atendían más a los cambios de onda del maravilloso juguete, que a la información que llegaba por los auriculares. En contraste con esto, en cualquier radio de ahora, por modesta que sea — en un rancho de llanura con molinete al viento — tiene más valor la cultura y la comunicación, que en aquellos primitivos prodigios técnicos, que captaban ondas de todas partes sin interesarse en lo que decían.

De la misma manera, el cine ocupó la misión con que ahora lo concebimos, cuando,

VALORACION DEL FESTIVAL EN PUNTA DEL ESTE

do, resueltos los más elementales problemas técnicos, dejó de interesarse por el paso de una bicicleta o la vista de una cascada, o una calle, presentadas como fotografías móviles, y se lanzó a la contratación de actores célebres. Francia fué la primera en dar salida, por otro medio, al genio dramático y literario del hombre. Sin este aliento, toda expresión artística en las formas que conocemos, o en otras muchas que se inventen, será como una fría pieza de marfil primorosamente tallada con paciencia inverosímil, al lado de un trazo rápido de cualquier figura genial de la historia mundial de la pintura.

El cine recibió el "espaldarazo" del arte; el doctorado definitivo en la creación humana, cuando sus realizaciones tuvieron en cuenta los sentimientos, las angustias, las dudas y las esperanzas del hombre, y cuando todo eso, era el fin perseguido por los autores, y la técnica un simple instrumento. Para esto fué necesario juzgarlo or-

instantáneas, pasar luego veinticuatro cuadros en un segundo, y con ellos presentar en el mágico recuadro blanco, la expresión de la vida y la acción del hombre, comandada por sus pasiones y por sus sentimientos.

Pero los festivales del cine no pueden tener su exhibición, o exposición, en un solo lugar de la tierra, por muy distinguida que sea la conciencia artística del público y de criterios que allí se reúnan. Debe, por el contrario, someterse a críticas antipodas porque el cine es eminentemente universal. Una película, interpretando los más típicos problemas de la conciencia humana, tiene que triunfar lo mismo en el Norte que en el Sur; tanto en las salas "exclusivamente para indígenas" de las colonias de las potencias europeas en África; como en las salas elegantes de las grandes avenidas de las ciudades suntuosas del mundo, ante millonarios o ante obreros, ante la mocedad, y ante la senectud?

tituir contactos entre todos los círculos de ese público integrando una unión mucho más "unida" que otras uniones. Pero ahora sólo tenemos delante el Festival Cinematográfico de Punta del Este porque es el nuestro, aunque sea de otros la producción. Es nuestro, porque nuestra es la crítica a la que tenemos derecho y obligación como partes integrantes del público mundial que va al cine. Cualquiera que sea el resultado, el desarrollo y la cooperación prestada por los amigos del Uruguay en el mundo, el Festival de Punta del Este representa un indudable acierto de la Comisión Nacional de Turismo y de sus esforzados colaboradores.

El Festival Cinematográfico de Punta del Este tiene entre otros muchos méritos, el de ser el primer certamen internacional de largo metraje que se realiza en América del Sur, en uno de los puntos más alejados de los primitivos centros de la crítica universal del Cine. Por su realización, Punta del Este siempre anunciada únicamente como lugar bellísimo de descanso y reposo, se convierte en un círculo crítico prestigiado por la forma creciente en que es frecuentada por turistas y viajeros procedentes del mundo entero.

Para el logro de esta distinguida fiesta

NUEVA... CREMA ANTISUDORAL



CORTA LA TRANSPIRACION AXILAR SIN DAÑAR

1. No quema la ropa.
2. No hay necesidad de esperar que se seque. Puede ser usada inmediatamente después de afeitarse.
3. Combate la transpiración. Desodoriza el sudor, mantiene las axilas secas.
4. Es una crema pura, blanca, sin grasa, que no mancha y desaparece íntegra en la piel.
5. La Crema Antisudoral Arrid tiene la aprobación de la Unión Propietarios de Tintorerías, por inofensiva para las telas.

ARRID

\$ 0,75, \$ 1,50 y \$ 2,50



Detalle de una de las estampas inspiradas en Gauguin en sus famosas escenas oceánicas, y que, realizadas por Alberto Iribarre han sido incorporadas a las creaciones construidas para el Festival que se desarrolla en Punta del Este.— (Foto Taki)

ganizadamente, y como con el movimiento no se pueden hacer museos, ni exposiciones, hubo que hacer exhibiciones ordenadas, o "festivales cinematográficos" como han dado en llamarse, realizados en centros intelectuales y sociales, en donde puede tener valor una opinión por que nace en la encrucijada de las corrientes del pensamiento, del arte o la moda.

Así fué como Venecia con sus inauditas glorias y tradiciones artísticas y turísticas, que ya venía organizando, desde años atrás, exposiciones de pintura y escultura abandonó su identidad con el color que hizo famosos a sus más grandes artistas, y consideró en serio que, el problema del cine, por lo que tiene de estampa y de profundidad, caía también dentro de su atención y su misión, de jurado artístico. Algún día llegará en que esa concesión, realizada para pasar de las luces doradas de los atardeceres del Tiziano a los tristes crepúsculos en blanco y negro del cine, podrá ser superada por el triunfo definitivo de los colores en la pantalla en formas mucho más precisas y fastuosas de las que ya constituyen nuestra admiración. El color y el relieve progresarán en el cine como progresó la famosa "Cruz de Malta", que ha hecho posible la detención de un diapositivo ante una lente, por fracciones

La pantalla cinematográfica es sólo un marco, en los pocos instantes en que la iluminan las luces de la sala; pero cuando surge el "divino" rayo del reflector, conductor de todas las imágenes y anhelos posibles, que el cine nos presenta entonces, no hay dimensión ni proporción. Cabe en la pantalla lo infinitamente pequeño y el propio infinito. La mano, la cara, el cuerpo entero, el ambiente que nos rodea, la comarca donde estamos, el país, el continente, el planeta, el sistema solar, o la vía láctea de mundos infinitos... todo es cuestión de ángulo. Por eso, la crítica, el alto tribunal del cine, no tiene lugar determinado; puede surgir allí donde hay un gran contacto de gentes diversas con la serenidad necesarias y el tiempo necesario para contemplar tranquilamente la proyección de una película.

En aras de esta metamorfosis sugestiva tan sustancial con la pantalla, de aquellos festivales de Venecia, Cannes, Locarno, San Sebastián o Mar del Plata, surgieron otros y surgió ahora el Festival Cinematográfico de Punta del Este, sobre unas rocas uruguayas admirables del Atlántico Sur. Después deberán surgir otros muchos más, porque el público del cine es lo único realmente mundial de nuestra época; y, hasta puede que algún día se logre en cons-

del cine, y con ayuda de sus verdaderos primos; y de sus flores y su sol, Punta del Este que siempre hace las cosas "a lo grande", ha visto realizar en el bosque de Cante Grill donde tendrán lugar los actos oficiales programados una serie de creaciones arquitectónicas de gran relieve. Entre éstas se destaca una elegante sala de espectáculos, con seiscientos plateas, clima artificial, y una embocadura muy veraniega con cortinas a rayas blancas y rojas; y a su lado, una serie de ambientes en los cuales, como en la tradición clásica, ha vuelto a incorporarse la pintura a la arquitectura. Esta fina nota de arte, se concreta en unos frescos muy interesantes que el distinguido decorador Alberto Iribarre, ha realizado inspirándose en la pintura de Gauguin, aunque dentro de un especial vuelo y originalidad.

De esta manera, las estampas oceánicas de Gauguin; sus palmeras, sus figuras morenas, sus telas floreadas y su "aire" haitiano y polinesio — todo por cierto muy cinematográfico — se armonizarán para siempre, con las siluetas reales de Punta del Este, sus invitadas, sus jardines y sus perspectivas oceánicas como un horizonte de esperanzas dispuesto en honor del arte y la naturaleza.

Rodolfo OBREGON.

MUCHAS veces me he preguntado: ¿La escultura, es hueso o carne? ¿Nervio o grasa? Visitando museos, difícilmente puedo contener el deseo de tocar las estatuas.

—Touchez-pas —me grita el ordenanza. Pero lo que me hace retirar la mano, no es la voz reglamentaria prohibiendo tocar sino la decepción al comprobar que los dedos no se hunden lentamente en el cuerpo de mármol. Decepción porque, la verdad, hay estatuas que parecen de carne, por pecado de impotencia de los artistas, incapaces de llegar a la íntima estructura de los cuerpos.

Así como la arquitectura del hombre es su esqueleto, en la escultura debe adivinarse un esqueleto que nos evidencia la arquitectura de la obra, de lo contrario nos parece fofa, vacía. "La sculpture doit aller jusqu'à l'os!", dijo el escultor Aristide Mian, cuando le mostraron la escultura de "El hombre bre del carnero", de Picasso, en la que sólo llegó hasta la lana. Y agregó Jean Texcier: "¡Hasta el hueso! Pasando, naturalmente, por la piel y los músculos, aun en el caso de que el modelo esté vestido".

La decadencia del arte moderno radica en su conformidad con la apariencia de las cosas. Cuando el cubismo, por ejemplo, se defiende diciendo que es un modo de ver, queda definido como una manifestación artística intrascendente, porque el modo de ver es accidente en el arte, y en el transcurso de su historia. Lo que importa, en arte como en todas las actividades de la vida espiritual, es el modo de ser. Como son las cosas y los entes de nuestra representación, cómo es la imagen que de todos nos forjamos, y qué relación guardamos con ella. Sin esta relación desaparecería la razón de ser del arte tal como hasta ahora lo conocemos, y en tal caso, los únicos artistas razonables serían los partidarios del arte abstracto, que por el hecho de ser abstracto no puede obrar sobre los sentidos.

Mas, para llegar al hueso, no sólo hay que tener en cuenta la piel y los músculos, sino también el ritmo. Sobre todo en la escultura, máxima representación del hombre. Y el hombre es un ser conjugando siempre ritmo y acción. El gusto popular de España suele acertar muchas veces denominando tipos humanos, particularmente piropeando a las mujeres.

El piropeador fino, mira a una mujer y dice:

—¡Escultural!

Y aunque no veamos a la mujer nos la imaginamos hermosa, proporcionada, de talla superior a la media, dando impresión de reposo.

Si oímos decir:

—¡Vaya garbo!

Entonces se forja en nuestra mente una imagen femenina gallarda, graciosa, de ademán airoso, gesto llamativo y taconear de castañuelas.

Otras veces llega a nuestro oído la palabra:

—¡Estupenda!

Y vuelan nuestros sentidos hacia un tipo de mujer admirable que causa pasmo al ánimo, proporcionado en el sentido clásico de la escultura, pero con fuego interior, sin la gracia sensual de la garbosa, pero con idéntico ímpetu. De ella se dice también que:

—Se lleva el mundo por delante.

Divagando así, mientras subo la escalera Daru del museo del Louvre, dominado desde lo más alto por La Victoria de Samotracia, llega a mi pensamiento la palabra apropiada, el requiebro sutil, la definición apropiada de la gracia popular de mi tierra, que florece suavemente en mis labios:

—¡Estupenda!

Lo de menor cuantía, aunque no sobra, es el anecdótico. Últimos años del siglo IV antes de Jesucristo, monumento glorificador de la victoria naval del mismo nombre, etc. Se sabe que en una mano sostenía un trofeo y en la otra la trompeta anunciadora de victorias. Y viene a nuestra mente la primera meditación:

Un pueblo cuyos artistas sabían modelar este símbolo de la Victoria, necesariamente tenían que vencer a sus enemigos, siempre que éstos no fueran capaces de imaginar, en su peculiar estilo, una victoria parecida. Se hace apoteogma la teoría helénica de que todo lo ideal es real. Los pueblos cultivadores de su devenir son voluntad histórica, imaginando siempre lo que son capaces de realizar. Sus símbolos son la exteriorización de su voluntad convertida en realidad. Recordemos lo que se ha dicho de la guerra de Troya, en la que los dioses y los hombres peleaban para dar motivo a los cantos de los poetas, pero lo cierto es que los helenos hacían historia a conciencia porque tenían poetas capaces de cantar sus gestas y escultores que las re-

TRES SIMBOLOS CON TRES MEDITACIONES

III - LA VICTORIA DE SAMOTRACIA



presentaban en símbolos de piedra. Las corrientes espirituales de coordinación histórica en el acontecer de un pueblo y de una cultura, van íntimamente trabadas, y donde no hay poetas que canten, ni cronistas que narren, ni escultores que sublimen en lo inerte la acción del espíritu, la espada del soldado se hunde en el vacío.

La síntesis se elabora en el alma de los pueblos como en la de los individuos. Plinio el Joven decía a Cornelio Tácito: "En verdad que reputo afortunados a aquellos hombres a quienes los dioses, por su alta munificencia, concedieron practicar acciones dignas de ser escritas, o escribir obras dignas de ser leídas, y a los que reúnen en sí ambas excelencias los reputo afortunadísimos". Afortunadísimos son igualmente los pueblos cuyos hombres realizan gestas que sus propios vates han de cantar, pero no es fortuna que les viene del cielo por munificencia de los dioses, sino por el esfuerzo en la lucha por la vida, venciendo a la naturaleza para hacer del mundo una residencia digna del hombre, venciendo a quienes en la pugna de los predomínios, nos quieren arrebatar la parcela de tierra y de libertad a que tenemos derecho. Quien no sea capaz de defender su tierra vinculada a su libertad, no tiene derecho a ambas.

El alma griega conservaba aún vocación histórica. La Victoria de Samotracia más que expresión de movimiento representa impulso de acción. Por el movimiento el hombre cambia de posición, por la acción transforma sus impulsos transformando a la vez el mundo exterior. La acción implica movimiento, pero no todo movimiento lle-

va consigo acción en el sentido histórico de la palabra. Y La Victoria de Samotracia es acción histórica.

Cara al mar, de pies sobre el esquife, su pierna derecha hacia adelante imprimiendo marcha —el mismo pie grande, plano, terrígeno, de Venus—, su pecho proa al viento, avanza con chocar de alas, rumbo al horizonte, con absoluta seguridad de vuelo victorioso. Ella sabe donde va y domina las fuerzas que la elevan. Saber y dominar, he ahí la clave del alma clásica en su período de esplendor. Y es en esta estatua alada que se sintetizan esas dos fuerzas, expresión del espíritu expansivo. Toda la angustia histórica del hombre estriba en que se ahoga, no por falta de espacio, que es lo que caracteriza el ahogo físico, sino por excesivo espacio, causa del ahogo espiritual. El hombre quiere llenar de sí mismo, de su insignificante personalidad, el incommensurable vacío del cosmos, y la imposibilidad de llenarlo origina lo que Unamuno llamaba el sentido agonioso, o la angustia de ser, según Kierkegaard. Las alas de La Victoria de Samotracia son el anuncio de que el hombre puede llenar el cosmos.

¿Incurriríamos en contradicción hablando de agonía y angustia refiriéndonos a una escultura griega? La puede haber formal pero no esotérica. La victoria engendra un estado de embriaguez anímica, y es entonces que lo inconsciente sale a la luz y se expresa en belleza en las almas bellas y en ruindad en las almas ruines. El victorioso de alma generosa, más que perdonar al

vencido lo abraza. El victorioso indigno de victoria escarnece, ultraja, se ceba en el vencido, es un cerdo hozando el cadáver de su víctima. El alma selecta de Grecia, la del artista creador de La Victoria de Samotracia, hizo de la angustia y agonía de la pelea una alegría triunfante de ímpetu, gracia y fuerza. Pero, ¿es que sería así, de aliento de vida, el rostro de La Victoria de Samotracia? Del fondo misterioso de nuestra tristeza es que nace la auténtica alegría, y el dolor, eterno en la intensidad de su dentellada, transitorio en el esfuerzo constante de nuestro sentimiento para vencerlo, es fuente cristalina de entusiasmo. Un desesperado de contradicciones, Nietzsche, lo hizo patente en su verso:

"El dolor dice, pasa.

Y dice la alegría:

eternidad..."

Pero el detalle que más nos atrae en La Victoria de Samotracia, el de mayor sugerencia y preocupación, el más rico en deducciones, es precisamente el que le falta, su cabeza. Victoria de Samotracia como símbolo de una victoria naval, Victoria Alada como aliento humano hacia la conquista del espacio y dominio del infinito, merece también ser llamada Victoria Decapitada, y esta calificación correspondería a todas las victorias alcanzadas por el hombre hasta nuestros días, todas ellas truncadas, decapitadas. Es fácil se deba al hecho de que todas nacieron sin cabeza. Manos para empuñar armas, pies para avanzar o retroceder, todo cuestión de extremidades. El pecho ha sido coraza para recibir y embotar dardos enemigos, o claustro para alentar odios en la contienda; también compasión para el vencido, sollozo en los minutos definitivos precursores de la muerte, y nada más. La cabeza ha estado siempre ausente. Y debido a su ausencia, las victorias han sido peor que pírricas, pues la victoria perdedora puede ser una experiencia, lo trágico de las victorias es que se han desvanecido empujadas por los vientos adversos de la desventura. Y al querer coger la Victoria con nuestras propias manos, dándole forma inmortal en el símbolo de una piedra alada —lo eterno femenino como ensueño de nuestra misteriosa aspiración— la miseria de los siglos nos la ha devuelto decapitada, ciega para volar, a tientas siempre, tropezando contra el mismo viento adverso, como condeñados a no ver nunca la meta de nuestro destino.

Más que colocarle la cabeza encontrada, sería preferible le brotara a ella misma, como hija natural de sus íntimas, entrañables reflexiones. Que la piedra hiciera el milagro de ser por sí misma, de andar y elevarse por impulso de sus propios pies y alas, hacia una ruta de voluntad consciente, timonel de su propio rumbo. Ya que no escarmentamos en nuestra propia cabeza, ni en la ajena, a ver si de una vez aprendíamos la lección de las estatuas con alas, que a fuerza de elevarse fueran capaces de crear la propia cabeza que la ira de los hombres y el desprecio del tiempo les arrebató.

Tarde invernal de París. Brumas, una llovizna triste filtra la poca luz de la tarde declinante. Verlaine, súbita y sensitivamente llama a la puerta de nuestro sentimiento: "¡Llueve sobre la ciudad como llora sobre nuestro corazón". Dejamos el Louvre. Atravesamos el jardín. El monumento a Gambetta evoca esplendores oratorios de la democracia. Llegamos a la calle de Rivoli. El aturdimiento del tránsito nos obliga a contrapuntear nuestra meditación: La llovizna se convierte en nieve y la nieve conduce nuestro pensamiento a Corea. Los titulares de la prensa vespertina anuncian la retirada de las tropas de la ONU bajo una nieve copiosa. Los reportajes hablan del sufrimiento de los desplazados bajo el infierno blanco, huyendo por los caminos desolados. Fundimos la guerra de Corea con la impresión que acabamos de recibir contemplando La Victoria de Samotracia, y nos viene al recuerdo el verso de Delmira Agustini:

"Padre Eros,

¿Nunca tuviste piedad de las estatuas?...

De piedra parecen los hombres también. El dolor y la alegría pasan por nuestro lado y permanecemos indiferentes. Sólo cuando nos hieren lloramos, o reímos y en vez de sensibles nos volvemos egoístas. La insensibilidad de las estatuas es más digna que la del hombre. Los dioses no les han hecho la gracia del amor, pero tampoco el don del odio. Parece hemos llegado al tiempo en que las estatuas han de sentir piedad o desprecio del hombre.

F. FERRANDIZ ALBORZ.

París, enero de 1951.
(Especial para EL DIA).



La ciudad en una órbita de montes.

Itinerario Cubano: SANTIAGO DE CUBA

FUE capital de la Isla. Lo sigue siendo, en la indiscutible jerarquía de la Historia. Presidió nuestros primeros días, los de la conquista férrea sobre la apacible raza aborigen. Presidió nuestra marcha hacia la independencia.

Fue la segunda fundación española y se radicó en ella la capitalidad de la colonia. Mientras los aventureros de la España ultramarina abrían trochas en los frondosos bosques tropicales, esclavizaban indios y traían los primeros cargamentos humanos del África Ecuatorial, Santiago de Cuba crecía en importancia y fijaba su rango en el status legal de la naciente posesión del Rey Católico.

Diego Velázquez la eligió como residencia y todavía se conserva en Santiago de Cuba una esquina conocida por "el rincón de Velázquez", mudo testimonio del imperio hispánico todavía en flor. De allí partieron las expediciones de Juan de Grijalva y de Hernán Cortés, obsesados por el áureo relampagueo de Méx.co. Allí, cuatro siglos después, la mano del destino

erizó los cañones norteamericanos para echar a pique la desvencijada escuadra del Almirante Cervera, ingloriosamente sacrificada a la altanera réplica de Cánovas algunos años antes: "el último hombre y la última peseta". Allí se liquidó la dominación absoluta de "la otra España", como diría en voz simbólica el dolor de Antonio Machado.

Aunque en muchas poblaciones cubanas se mantiene intacta la huella de la Historia, en Santiago de Cuba jalona muchos sitios. Para un espíritu avizor, el espectáculo ofrece variados puntos de interés. La ciudad tiene una dinámica contagiosa. Si pudiéramos aplicar un cartabón psicológico, diríamos que es una ciudad extraviada. Apenas rompe el día, sus habitantes se echan a la calle. Es un torrente circulatorio que resiste y vence la normalmente alta temperatura del lugar. Para quien no esté acostumbrado a esa calintura de sol, la visita resulta un poco fatigosa. Para los santiagueros, no. Aquel enjambre va y viene, anda, se detiene, reanu-

da la marcha, discute y gesticula. Tierra de soldados de la libertad, en ella se vive con amplitud criolla, en cálida camaradería de cubanos.

Hay, naturalmente, una concomitancia entre el paisaje y el individuo; pero el hombre modifica y supera el medio ambiente en que nace y se desarrolla. Así lo hace el oriental de Cuba. Nacido entre montañas, en un vasto anfiteatro, de ásperas irregularidades telúricas, su obligada plomada sería una dura fisonomía espiritual. No obstante, el santiaguero ha logrado armonizar la fuerza y la delicadeza, las aristas bravías y la sana alegría de vivir. En cierto modo, responde al marco geográfico. Santiago de Cuba, en medio de una larga concatenación de cumbres, se agrupa en un valle casi perfecto. La mirada siempre tropieza con un monte y el caminante tiene que habituarse a calles con muchas subidas y bajadas; pero el eterno verdor de Cuba suaviza el camino difícil y produce el júbilo vital.

Si entramos en Santiago de Cuba por la carretera central — más de mil kilómetros, larga teoría de asfalto que el dictador Machado aseguraba era su firma — un cuarto de hora antes de llegar a la ciudad, la naturaleza descubre telones de hechicería. A la vuelta de una montaña, los ojos se llenan con un panorama que suspende el ánimo. Un círculo cerrado de diversas alturas bordea y festonea con su policromía el más grato de los oasis.

Seguimos el camino y ya asoma, junto al enorme brocal de la bahía, la rieta ca-

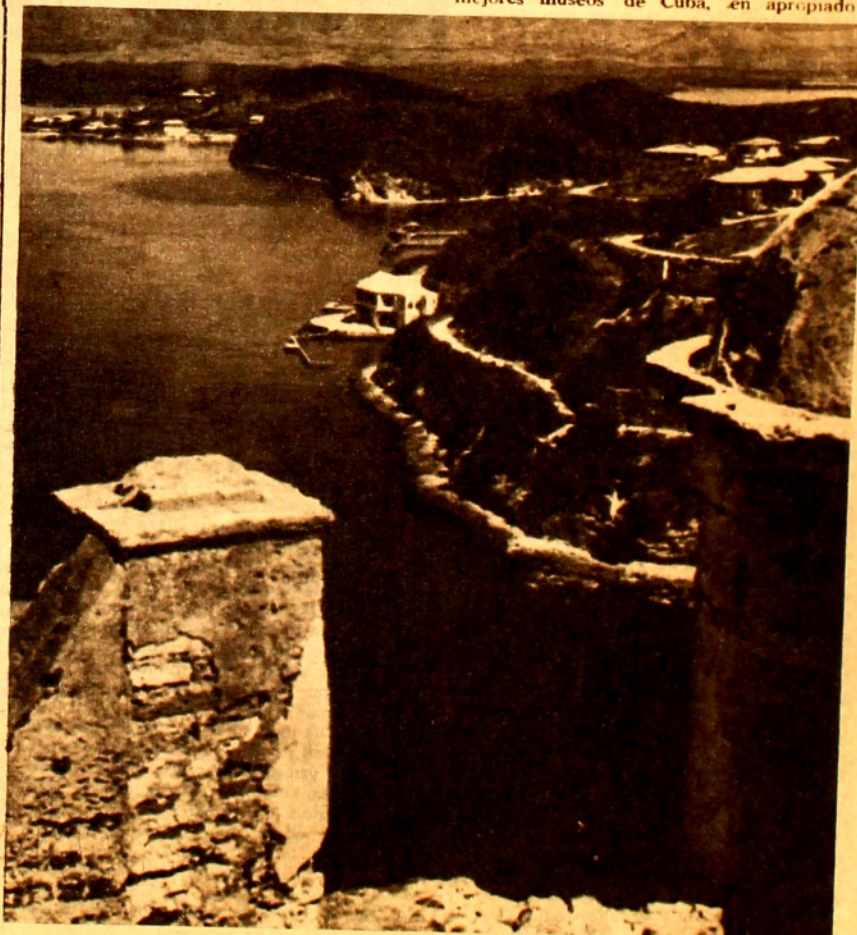
pital de Oriente. Sobre macizos edificios y antiquísimas casas que han resistido más de una conmoción terrigena — porque Santiago de Cuba es víctima de estremecimientos de la corteza de nuestro globo — se distinguen las torres de la catedral. No es, desde luego, la misma que contempló los primeros jadeos urbanos, pero tiene una tradición matizada por la pátina del tiempo. Para los forasteros, ofrece una visión inusitada. En lo que podríamos llamar su zócalo, disímiles comercios abren sus puertas. Un ironista podría acuñar un cliché: La cruz sobre el caduceo.

Ya en el perímetro de la ciudad, muchos tópicos atraen al visitante. Por acá anduvo Heredia, el inmortal poeta de la "Oda al Niágara", uno de los creadores de nuestra nacionalidad. Para recordarle, sus compatriotas alzaron hace muchos años un estatua que hoy nos hace sonreír un poco por la actitud declamatoria del vate. Más que en ese parque donde se yergue el mármol recordatorio, se le evoca en su casa natal, uno de esos caserones que rezuman colonialismo por todos sus poros de piedra. Allí se conservan algunos objetos que pertenecieron al cantor de nuestra estrella y, en la fachada, una lápida reproduce algunas estrofas del más conocido de sus poemas.

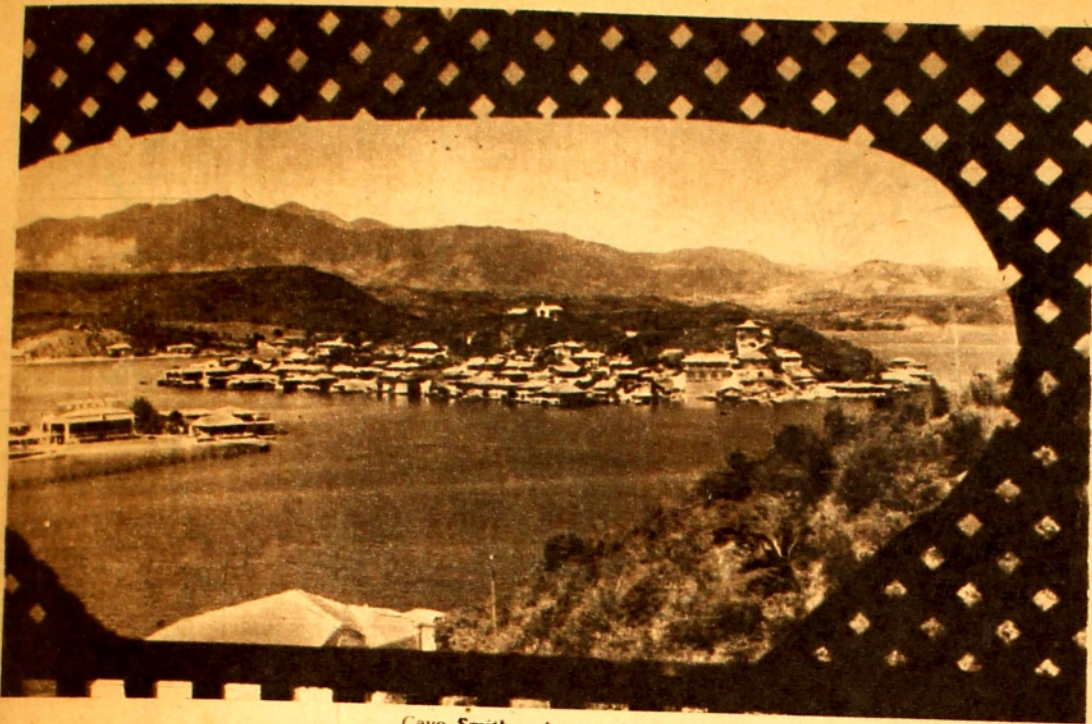
Como Santiago de Cuba ha sido movido escenario de acontecimientos trascendentales de nuestro desenvolvimiento político, abundan los monumentos conmemorativos. Uno de los más bellos miradores de la Isla es el Parque San Juan, construido en el propio sitio donde se desarrolló una de las más encarnizadas batallas entre los soldados españoles y los jinetes de Teodoro Roosevelt — aquel del apóstrofe rubendariano — en la firme compañía de nuestros mambises. (Para el lector de allende los mares, aclaremos que se denominaban mambises los cubanos insurrectos en nuestras guerras de independencia).

En el Parque San Juan se han aprovechado todos los desniveles del terreno. Allí el viajero siente el effluvio épico. Diversas figuras decoran el lugar. Y cañones y balas y tarjas. Es un arsenal en medio de ramajes. Aledaño se alza el Arbol de la Paz, gigantesca ceiba que fué testigo de la rendición de Santiago de Cuba a los sitiadores norteamericanos.

Naturalmente, en el itinerario santiaguero no puede faltar una parada en la fábrica del más popular de los roncs cubanos, el bacardí, con nombradía internacional. Los talleres de la magnífica industria ofrecen al visitante el encanto de sus jardines y el complicado movimiento de sus maquinarias. Y no se escatimará el obsequio: una botellita del precioso líquido que hace chispear el cerebro y enredarse los pies. De su creador, Emilio Bacardí, quedan muchos recuerdos en Santiago de Cuba. Hombre de letras, autor de románticas narraciones de nuestro pasado y de valiosas crónicas históricas, ha dejado uno de los mejores museos de Cuba, en apropiado



¿Quién no siente el encanto del paisaje?



Cayo Smith, a la entrada de la bahía.

edificio y con verdaderos tesoros, tanto en nuestras cosas como de otras civilizaciones.

De ese "sube y baja" que es consustancial a la vida santiaguera, queda un argumento irrefutable: la famosa calle Padre Pico, una de cuyas cuerdas muestra una típica escalera. Todos los turistas quieren verla y hasta sacar una fotografía desde uno de sus escalones. Al pie, como un retazo de cristal, se contempla la bahía. Y, ya que citamos el balcón oceánico, añadamos unas palabras sobre este puerto.

Es uno de los más grandes de Cuba. Tiene en su interior varios islotes, uno de los cuales — Cayo Smith — es un lugar residencial en verano y de pescadores en todas las épocas. Situado casi en la entrada, desde allí se divisa el castillo del Morro, severo guardián otrora de la hermosa ciudad.

Al estallar la guerra entre los Estados Unidos y España, en esta anchurosa bahía quedó embotellada la escuadra de María Cristina. Aunque los americanos sacrificaron uno de sus barcos — el "Merrimac" — hundiéndolo en el canal que da acceso a Santiago de Cuba para impedir la salida de la misma, la armada española se hizo mar afuera. Muchos buques norteamericanos patrullaban la costa. Rugieron los cañones y, con la liquidación de la flota de Don Pascual Cervera, se escribió el último capítulo de la dominación española en América. (En la otra cara del mundo, Cavite subrayaba el cese de España en las inquietas Islas Filipinas). Todavía en algunos rincones de la costa, el mar oxida los restos de uno de los navios españoles que prefirió arrojar sobre los arrecifes antes que enarbolar bandera blanca.

Como ya hemos dicho, la bahía es una de las más poéticas de Cuba. Al entrar en ella — lo sabemos por experiencia — el espectáculo recuerda un poco a Río de Janeiro, aunque sin tanta magnificencia. Aquí también se observan montículos que parecen saludar al viajero y minúsculas islas donde se balancean grupos de palmas y entrantes y salientes donde el mar bate y canta y caminos sobre farallones y regazos de playas y caseríos en fiesta...

A pesar del trasiego incesante, el turista debe aprovechar todos los momentos.

Por allá se encuentra la casa de los Maeco, inclinada al peso y paso de los años; por acá el obelisco de la libertad... Si vamos al cementerio de Santa Ifigenia — declarado Monumento Nacional oficialmente — hallamos lo más cimero de la historia patria. Allí duerme Martí, entre un ramo de flores y una bandera como pidió en sus versos sencillos. Allí reposa Carlos Manuel de Céspedes, el hombre que quemó en la pira de Yara cuanto hace amable y cómoda la vida. Allí descansa Tomás Estrada Palma, el primer magistrado de Cuba independiente, varón de manos limpias cuya honestidad es una "vox clamantis in deserto" en los tiempos que corren...

Y, para buscar el contraste entre la oquedad y la montaña, el viajero no puede desperdiciar la ocasión sin asomarse al ventanal geológico de Puerto Boniato. Es una excursión inolvidable. Lo que se presencia desde la altura sobrepasa cualquier descripción. El autor de estas notas conoce la isla entera en reiteradas jiras y puede asegurar que nada es comparable a este paisaje. La ciudad se tiende en medio de un valle que se funde en el mar. Las más suaves o intensas tonalidades del verde, las más pintorescas laderas, los más variados desniveles de la tierra, la bahía cerrada como un lago, el múltiple plumero de los palmares, la irrupción del sol en la concavidad del marco, el hormigueo humano en las cintas blancas de las carreteras, el soplo cósmico que orea la grandeza del cuadro: todo hace de Puerto Boniato un maravilloso imán para el turismo. Puede un extranjero ser invitado a contemplarlo. A pesar de su cercanía a la ciudad, ofrece la virginidad campesina. Una cadena de chozas turísticas, a lo largo del borde de colinas, haría las delicias del visitante ávido de belleza y de paz.

Son célebres los carnavales en Santiago de Cuba. No se efectúan en los primeros meses del año, como en otras ciudades de la República, sino en junio, en medio de las hogueras de San Juan y bajo un sol que derriete las piedras. Aquí si cabe la expresión cubana "¡Cómo pica el indio!", refiriéndose a la implacable fiebre solar. No obstante, el santiaguero disfruta de sus

mascaradas y de sus bailoteos y se diría que la atmósfera caliginosa no tuviese que ver con sus espaldas. La urbe se satura de alegría, las sociedades se engalanan, la cerveza corre, el júbilo cunde y un vocerío rubrica el reinado de Momo. Las más sugestivas comparsas afluyen de los barrios populares. El ron salpica las calles. Es como si una ola de locura — sana locura, valga el contrasentido — inundara toda la comarca.

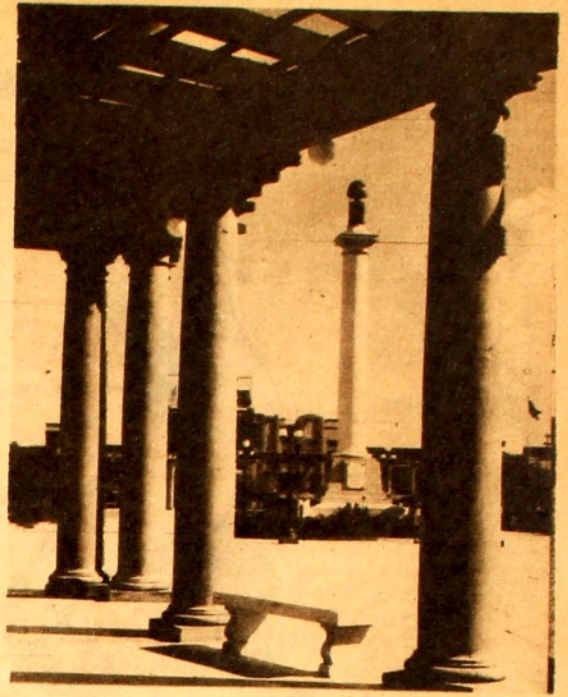
Al dejarla, nos llevamos un agridulce sabor en el paladar de la memoria. Es una

síntesis de Cuba. Alegre, altiva, hospitalaria, enjorada de toques folklóricos, henchida de claroscuros y de altibajos, la capital de Oriente se hace un retorneo en el recuerdo. Al evocarla, devoramos milas sobre el ferrocarril, renovamos la mirada en el agua lustral del patriotismo.

Andrés de PIEDRA-BUENO.

La Habana, 1951. Especial para EL DIA.

Fotografías. Cortesía de la Corporación Nacional del Turismo.



El obelisco de la libertad, rematado por el gorro trigio.



Construcción típica en Santiago de Cuba.



La calle Padre Pico, punto de referencia para todos los turistas.



Erguido el busto, la cabeza alta, entra al agua la bañista en puntitas de pie, como a un misterio, moviendo el cuerpo en un armónico juego de músculos que encunfe y denuncia la fina malla. Hay un instante dubitativo ante el embate de las olas, suaves insinuaciones que sortea habilidosamente, con gracia deportiva, pero a las que final-

mente cede con decisión repentina. En ese instante fugitivo el que Vernazza ha retenido en estos apuntes, tomados del natural en cualquiera de nuestras playas, titúlándolos "danza de las olas". Vernazza posee esa sabiduría de retener lo fugaz, de apresar el fulgor, lo instantáneo, dándole un zarpazo con la garra de su lápiz ágil para ro-

barle el íntimo sentido artístico con ese signo misterioso y exacto que aparece en el papel. Su intensidad de visión aísla lo esencial en imágenes rápidas, vivientes, con impresionismo que hace resultar superfluo todo posterior retoque para completarlas.

HUAYNA - CAPAC

EL INCA TRISTE

DOCE millones de vasallos aclamaban al inca más grande del imperio. ¡Huayna-Cápac! ¡Huayna-Cápac!... era el grito mil veces repetido, y los Andes, y los valles y las sierras y las selvas se poblaban con el eco multiplicado de una ovación que nunca terminaba. Sus grandiosas conquistas, su sapiencia para el mando y su política sutil, lo habían elevado a una altura que nunca conocieran sus antecesores... Ni el mismo Manco-Cápac, fundador del imperio de Tahuantinsuyo (1) tuvo más gloria.

Más de cuarenta años duró su reinado y nunca conoció su pueblo una época más propicia para la vida feliz y regalada que llevaban, con abundancia que la previsión aumentaba, dilatando sus tierras y llevando sus fronteras hasta el reino de los sciris en el norte y hasta los charcas por el oriente. Nada pudo contra su disciplinado ejército que arrollaba cuanto a su paso se oponía. Sus triunfos no estaban empañados por la crueldad, y apenas logrado el objeto de verse acatado como amo y señor, volvía sus ojos a los "notables" de la región, para dejar en ellos confirmada la autoridad. Sólo una cosa no toleraba: la traición... y en cierta ocasión, en la costa del Pacífico, hizo masacrar a muchos de sus capitanes que se habían complotado contra su "divina" persona.

No se sabe positivamente la fecha en que Huayna - Cápac (2) tomó las riendas del poder en su patria; pero se supone que ello ocurrió hacia 1488, es decir unos años antes del descubrimiento de América.

Como primera providencia se dió a recorrer el imperio, para conocer a sus súbditos, enterarse de sus necesidades y remediarlas en la forma que más luego lo haría.

En ese mismo viaje, hallándose a gran distancia de su capital, fué alcanzado su cortejo por un "chasqui" (3) portador de la feliz nueva; había nacido un hijo varón del inca. Huayna-Cápac se puso de pie en su palanquín, y desde allí anunció la novedad a todo su ejército, ordenando el regreso a las tierras del Cuzco. Muchos días después entraba en la ciudad imperial, corriendo a su palacio para conocer a su vástago y futuro heredero. Se ordenaron fiestas en todo el país, pero el inca pensaba en algo que hiciera recordar a su hijo por todas las generaciones futuras, y mirando a los danzantes en la plaza mayor, concibió la idea de hacer construir una cadena de oro, como festejo máximo a la memoria del nuevo príncipe.

Esa cadena o "maroma de oro", era tan larga que tomaba dos lienzos completos de la gran plaza de Huacay-Pata (4) y era tan pesada que se necesitaban doscientas personas para levantarla con dificultad.

Sobre esta maroma corren varias leyendas, pero ninguna asegura o niega en realidad su existencia. Cuenta Garcilaso de la Vega en sus "Comentarios Reales", que habiendo preguntado por ella a su tío materno Sayri-Tupac, aquél le había respondido: "Tomaba dos largos de la plaza mayor del Cuzco, que es el ancho y largo de ella, donde se hacían las fiestas principales y que mandó hacer así el inca para mayor grandeza suya y mayor ornato y solemnidad de la fiesta".

Tan comentada fué la fabricación de esa cadena, que su nombre, "huasca" suplantó a los verdaderos del pequeño inca Inti Cusi Huallpa, llegando a conocerlo la Historia solamente por Huascar.

Cuando las huestes españolas entraron en el Cuzco, esa cadena había desaparecido y según cuenta una de las tantas leyendas, fué arrojada por los quechuas a las aguas de la laguna de Urcos. Otros dicen que al lago Titicaca, cosa improbable dada la distancia. Urcos se encuentra mucho más cerca, y para el caso igual serviría...

Para ser completa la vida de este gran guerrero que fué Huayna-Cápac, no falta en ella un romance... Uno que la tradición ha dejado para nosotros y al que se le ha querido quitar valor aduciendo razones políticas.

Cuando el ejército del Cuzco venció al rey de los sciris o quíntos en el norte, el monarca de aquella nación quedó muerto entre los suyos y sus pobladores resolvieron nombrar en su lugar a la hija del difunto rey llamada Pacha. Huayna-Cápac se enamoró de ella y la tomó por esposa, pasando en aquel idilio horas que luego traerían desdichas sin cuento a los descendien-

tes. Con esa princesa quiteña, tuvo al príncipe Atahualpa, que más tarde lucharía contra su hermano Huascar y le haría dar muerte antes que Pizarro lo hiciera ajusticiar en la plaza de Cajamarca.

Cuentan algunos viejos cronistas, que hallándose el inca en la celebración de la fiesta Raimi, embargado tal vez por lúgubres pensamientos, púsose a mirar de frente a su padre simbólico el Sol. Al notarlo el Huillac-Huma (5), Gran Sacerdote del imperio, le dijo:

—¿Qué haces, Inca? ¿No sabes acaso que no es lícito hacer tal cosa?

Bajó Huayna-Cápac los ojos, pero un rato después fué sorprendido nuevamente auscultando al astro rey, que brillaba en el firmamento con sus galas de oro y fuego.

—Mira, señor, lo que haces — volvió a insistir el Gran Sacerdote — que además de sernos prohibido el mirar con libertad a nuestro padre el sol, das mal ejemplo a toda tu corte y a todo tu imperio que está aquí representado para rendir la veneración y adoración que a tu padre deben hacer como a solo y supremo Señor!!

Huayna-Cápac respondió severa y repentinamente:

—Quiero hacerte dos preguntas para responder a lo que has dicho. Yo soy vuestro

rey y señor universal; habría alguno de vosotros tan atrevido que por su gusto me mandase levantarme de mi asiento y hacer un largo camino?

El Sumo Sacerdote contestó apresuradamente:

—¿Quién habría tan desatinado para hacer tal cosa?

Volvió a preguntar el Inca:

—¿Y habría algún curaca de mis vasallos, por más rico y poderoso que fuera, que no me obedeciese, si yo le mandara ir por la posta de aquí a Chile?

—No, Inca; no habría ninguno que dejase de obedecer lo que mandas, hasta la muerte.

Entonces el Inca respondió con grave entonación sentenciosa de un ser superior:

—Pues yo te digo que este nuestro padre el Sol debe tener otro mayor señor, más poderoso que él, que es quien le manda hacer obligadamente el camino celeste que recorre todos los días, sin detenerse un punto, porque si él fuera supremo, una que otra vez dejaría de caminar por su gusto". (6).

Para esa misma época, llegaron al Cuzco las primeras noticias de que unos hombres extraños, montados en raras embarcaciones merodeaban por la costa del Gran Mar, suponiéndose ahora que fuera la expedición de Balboa que bajara casi hasta

la altura de Tumbes en 1515. Esas nuevas y las viejas leyendas de que un día el imperio sería avasallado por gente extranjera, hizo efecto en el ánimo del Inca, que vivió alerta, suspendiendo sus conquistas y dedicándose a consolidar el imperio.

Siguiendo tras su destino, Huayna-Cápac falleció en Quito hacia 1523, ordenando en sus últimos consejos, que su corazón permaneciera en la tierra de su amada Pacha y su cuerpo fuera transportado al Cuzco para sus exequias reales, siendo momificado de acuerdo a la costumbre.

Si Pizarro hubiera llegado durante el reinado de este Inca valeroso y triste, muy difícil le hubiera sido conquistar a la nación, para lo cual le ayudaron las guerras de los hermanos y el relajamiento de muchas costumbres, que debilitaron las fibras de los otrora invencibles ejércitos del inca.

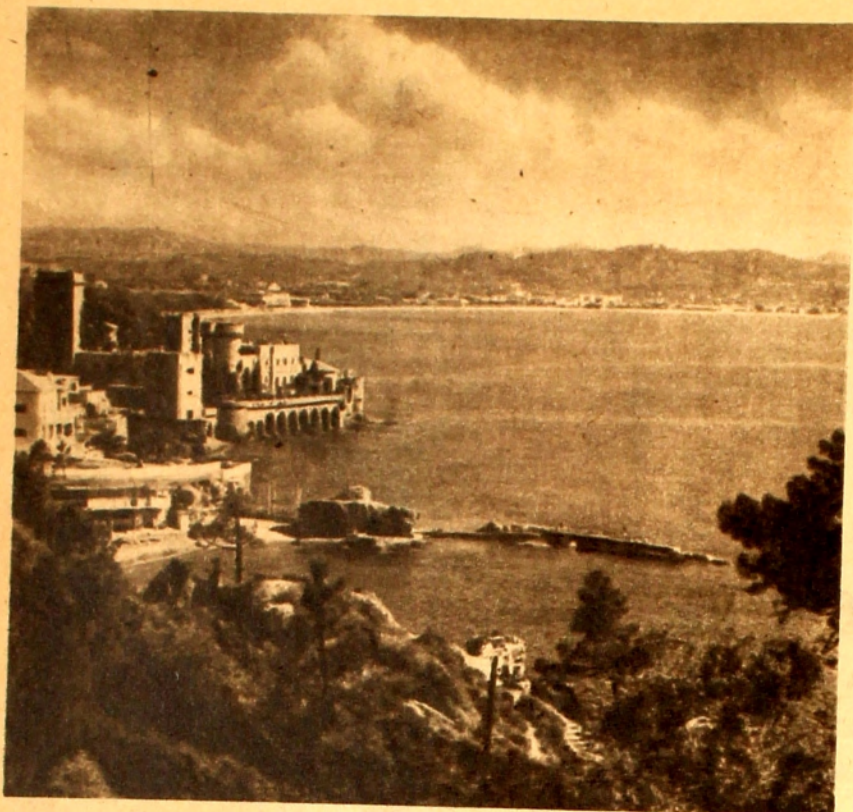
Rodolfo BELLANI NAZERI.

(Especial para EL DIA).

(1) Tahuantinsuyo: Reino de los cuatro puntos cardinales. — (2) Joven poderoso. — (3) "Chasqui": correo de posta, que llevaba mensajes en los nudos del "quipus" de lana de vivos colores. — (4) Huacay-Pata: Andén del llanto. — (5) Huillac-Huma: Cabeza Sagrada. — (6) Aurelio Arnao: "Cronicones no velados".



Dibujo de CRISTAR



Golfo y castillo de la Napoule, todavía en espera del pirata berberisco.

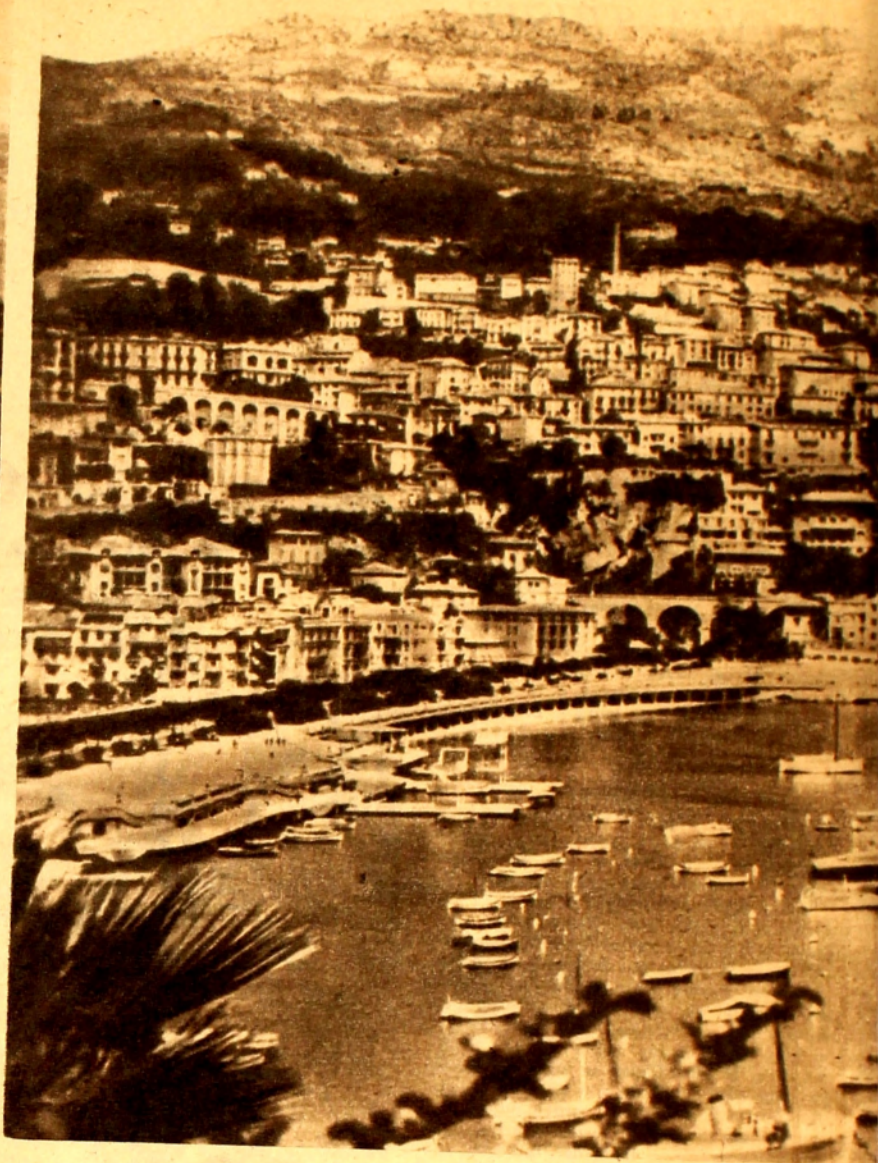
¿QUEDA algo no dicho todavía sobre la Costa Azul francesa? ¿Por qué no? Ya se sabe que una literatura existe, toda una literatura, y toda ella "Costa Azul". La que inspiró una rueda de ruleta en Montecarlo, el Gran Hotel que aplasta y prolifera, los jardines colgantes en la cornisa alpina, el Casino cosmopolita, la carne dorada al Sol, o el tumulto indefinible, o la paz en el rincón oculto, o la aventura exótica, o el estruendo de negroide orquesta que en claros de luna sobre el mar dormido pone ritmos nuevos... ¿Hasta dónde? Y aún no agotó nadie el tema "Costa Azul". Porque es contraste este rincón del mundo. Y matiz. Y diversidad. Y no se agota nunca lo que es diverso y cambia en su substancia propia.

«El otro clima, otro cielo, casi otro mundo», decía Nietzsche de la Costa Azul. Con la pasión que hay en todo lo nietzscheano. Con la vehemencia de su Zarathustra. Precisamente porque en la Costa Azul francesa sintió y escribió Nietzsche las páginas decisivas que Zarathustra domina, predicador y profeta. Y se pregunta uno cuando va y viene, y anda, o entre Cannes y Niza se detiene, o entre Mentón y Antibes, o sube a la roca monegasca, o pasa por Montecarlo, cómo pudieron ser escritas —y pensadas aquí mismo— tantas páginas, y tales, de un libro que horrores de lucha canta y grita furias de superhombre, torbellinesco el esfuerzo en huracán de potencia. Ante este mar que duerme (luz satinada y azul, acuchilla en blanco por velas de nave indiferente). En esta costa del placer y el gusto (sin que el mal gusto falte), fachada y anfiteatro, casino y arena, cantil de placer y roca de lujo, de enfermo y de "snob", paraíso de pinos de Alepo, de len-

tiscal y palmera, que a limón huele, y a mimosa, y a perfume de laboratorio aún, más que a playa desnuda y a marea baja.

En esta costa conquistada por el hombre que se exhibe, por casinescos estruendos, por ciudades que del estruendo viven, y de la playa, más perfume de mujer que de alga marina, y pudores insospechados conserva, sin embargo, e ingenuidades de paz campesina, y aun rincones virgilianos que entre limoneros se esconden, o entre palmeras, o al abrigo del cactus con silueta humana, o entre el velo de oro de las mimosas en flor; florida escala de montaña, en el mar los pies, y en silencio, ante la ofrenda marina indolente y lasciva que es zafiro y esmeralda entre cantiles y arena. "Como el vientre de Salomé, cinturones de oro los rastros de luz en la onda suave, se mueve el mar en la playa solitaria" —escribía Teodoro de Banville.

Y yo recuerdo a Nietzsche, y a Zarathustra, cuando a la Costa Azul vuelvo. Recuerdo extraño. Siempre. Que con "la costa" no va. O no lo parece. Y no hay en el recuerdo placer de contraste entre el loco germánico que superhombres soñaba, con furias extrahumanas, y lo plácido y suave, y luminoso, de la Costa Azul. Pero si el placer de los contrastes en la costa misma. En lo que ella es, más allá del turismo ceramero, del paraíso de invierno, de exotismos fáciles, y del estruendo caliente. Porque recordando a Nietzsche más advierte uno que la Costa Azul es esta mancha de mar esmeraldina, y el cielo clásico, sobre el Mediterráneo clásico. Y las ciudades que de la playa nacieron —ayer mismo—, y del mar, y del sol. Que costa azul es el pórfiro rojo y montañoso del Esteral, tierra de fuego que en el mar se hinca. La costa blanda



Anfiteatro de la Turbie

IMAGENES Y ESTAMPAS

de Cannes. Y la de Niza. Y el espólón de Antibes. La roca monegasca y el señuelo fortunero de Montecarlo. El estruendo casinesco y la paz que entre pinos de Alepo se esconde. El goce y el gusto. El placer de estar, y de no hacer; de ver y de dormir. Pero Costa Azul es también la montaña indomable y arisca que irrumpe y se impone, quiebra líneas y la crea; al placer encierra entre risco y mar. Y al mar baja. Aún no conquistada por la vida fácil que de la orilla marinera tierra internacional hizo, y colmena de Babel. Los Alpes ya, entre Mentón y Niza. Los Alpes en el mar. Y Costa Azul son los pueblecitos roqueros, a los Alpes prendidos, entre risco desnudo y naturaleza brava, historia vieja y luchas, vida dura, recuerdo y rastro de violencia. Fortalezas aún en pie que ven pasar los siglos todavía desde la roca cimera: Eze, La Turbie, Roquebrune, Santa Agnès... El nido de águilas de Eze, sobre la roca aislada, atalaya de la costa mansa y de lo supercivilizado que en la costa vive, con su castillo desmantelado que aun espera piratas sarracenos en permanente oteo del mar. Con sus ruinas polvorrientas, escarpadas las calles que tallaron la roca, los muros roídos, madera carcomida y canto bruto. La Turbie, en lo señero del monte, piedra miliaria de la Vía Aureliana y mano que alza el orgullo del trofeo de Augusto entre montaña y mar... Subiendo al nido de Eze, maleza y roca el sendero, a pie, duro el risco y dura la pendiente, arco tenso el esfuerzo, cuando estos Alpes ignoraban todavía el camino carretero y el automóvil que clama —y pasa—, vehemente y apasionado, consibió el loco Nietzsche las páginas de Zarathustra, torbellino de esfuerzo y huracán de potencia, en la Costa Azul escritas. Y Eze explica a Zarathustra. A su manera. Y explica la diversidad, substancia propia del rincón babélico. ¿El otro clima, el otro cielo, el casi otro mundo, de que hablaba Nietzsche? En la violencia del



Palmeral de Niza y Teatro de Verdura, vecinos del circo Cimiez.



El trofeo del emperador Augusto, cemento y mármol, domina, en la Turbie, mar y montaña.



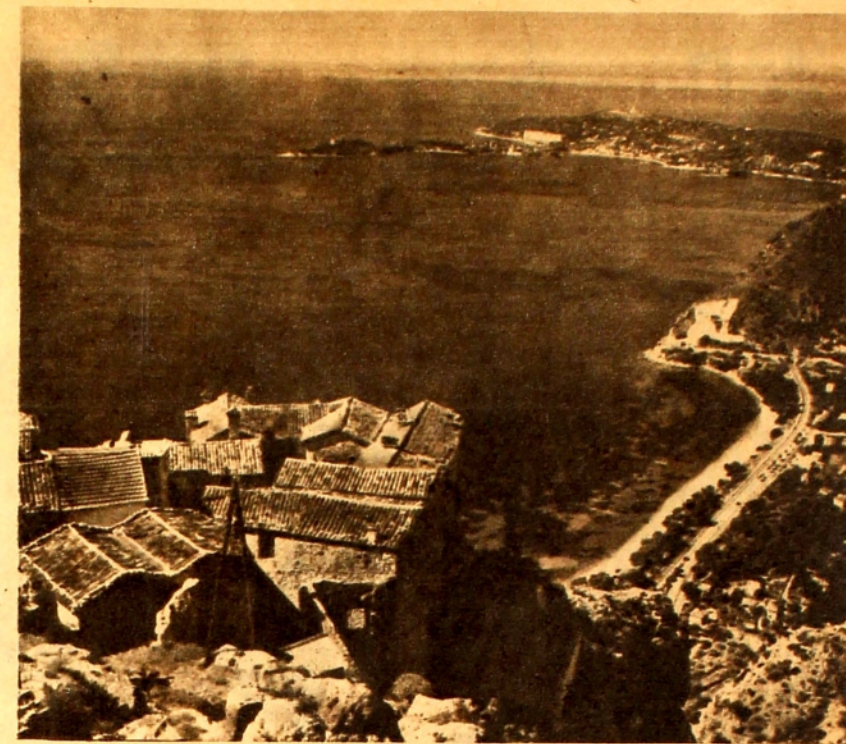
lo, siglo XIX detenido.

S DE LA COSTA AZUL

contraste está. Entre lo duro y montaraz de arriba y lo blando y cultural de abajo. No más la ladera en medio. Entre el risco alpino y primitivo y la hoz de oro que curva la playa cosmopolita. Entre la historia vieja que se sobrevive (murallas y polvo) y toda la novedad de abajo. Tosudez de lo antiguo y minuto que ahora mismo se vive, y es sólo de ahora mismo, en lo que ahora mismo nació. Entre Eze y Cannes. Entre Niza y La Turbie. Entre Roquebrune y Montecarlo. Entre el trofeo montañoso de Augusto que eternidades sueña y no importa qué Gran Casino playero, soñador de ruleta y de aventura al día. En la catedral de Grasse donde aquel pintor de amorosas inviolidades siglo XVIII que fué Fragonard —aquí nacido— dejó por una vez la unción humilde y religiosa de un "Lavatorio de pies". En la habia de Villefranche, por donde aún andan los fantasmas húmedos de Carlos V y de una reina de Francia, del mar extraídos, rota la majestad por el espanto de una caída al mar, flácido el ropaje augusto y descompuesto el protocolo. ¿Quién vio caer al mar emperador y reina, como vulgar distraído, más allá o más acá de este mar de Villefranche? O en las radas abiertas, por donde andan aún veleros de placer entre escuadras de combate. Al ancla ante el Babel alpino. Navegantes todavía.

Y están el contraste y el matiz en la costa misma, y en el anfiteatro montañoso. Y detrás del anfiteatro y de la costa. Fortaleza de los abades de Cannes, refugio de templarios y de caballeros de Malta, sombra de yates de placer y de lanchas motorizadas, que cada mañana y cada tarde, desde el monte Chevalier, saluda a los hoteles gigantes de la Croisette, mientras prende en almena rota rayos de sol mañanero. Murallas de Antibes, griegas y romanas, con la piedra serpentina de Afrodita, guarda o guarida de piratas, que a las villas de la Garoupe se asoman todavía, y fondo

antiguo ponen a las carnes desnudas de "Eden Roc". Circo de Cimiez y vieja Niza, abuelos en pie y contrafuerte de la Niza nueva. Puerto casinero de Frejús todavía señalado por un faro romano. Y está el contraste detrás de la montaña misma. Pre-



El nido de águilas de Eze, aliento de Zarathustra, sobre el mar y las cornisas.

sente aún lo nuevo, y lo babélico, y lo estruendoso de la costa nueva. A dos pasos de Cannes, de Antibes, de Niza... Entre olivos, y pinos, y cipreses. En Mougins, en Valbonne, en Villeneuve, en Biot, en Venise, o en San Paul de Vence. Pueblecitos dormidos. Muros rústicos y calleja en sombras, siembra y cosecha sobre el campo en torno. Silencio. Carreta que pasa, chirrón ancestral entre autos charolados. Y esa gran conserva del Mentón viejo. Puerto pesquero y muelle que vió nacer villas de lujo entre hoteles palaciegos. Sanatorio y Casino. Todavía descalza la población porteña, cachazudo el pescador maduro que indiferente pasa aunque mínimo indumento las bañistas lleven, o el turista veranero grite. Tiendecitas de Villefranche, de Beausoleil y de Cap Martin, todavía en rincones que aún no invadió Babel. Y esa salida al mar en la punta quebrada del Cap Ferrat, que huele a mar, verdaderamente a mar, y a resina a veces. Solitaria. El horizonte abierto hacia el tránsito atropellado de la costa misma, que a lo lejos resuena, pero a la punta quebrada no llega.

¿Y Mónaco? ¿Y Montecarlo? Fatal el encontronazo con la roca monegasca, Costa Azul adelante. Única en el mundo la ciudad sin campo propio. La ciudad que no sale de sí misma. ¿Y para qué saldría? Frontera de Estado, la última calle de la ciudad. Poste frontero la última esquina. Sin un trozo de tierra libre más allá. Aunque simbólica no más esta frontera sea. Mónaco, Montecarlo, La Condamine. Una

roca, un puerto y un anfiteatro. Un palacio, una catedral, un museo, un casino, cien hoteles (¿acaso mil quinientos edificios?). Y un Estado está en pie. ¿La rueda de la fortuna? No. Tanta tinta consumió, como fortuna, esta rueda de la Fortuna. Y aun del infortunio. Quisiéramos decir —¿alguien lo dijo ya?— que tiene propio monarca este reino de Mónaco y Montecarlo, principado en protocolo. Y es un rey con cifra, y es un rey sin nombre: siglo XIX. Porque en pleno siglo XIX se detuvo el calendario de este país de fortuna. Reina Victoria todavía, y Eduardo VII, y Eugenia de Montijo. Paul Bourget y Merimé. Chaleco florecido y corbata de plastrón. 1900. ¿Recuerdos? Es posible. Pero han pasado sobre el mundo tormentas, y aún tormentas, que el siglo XX trajo. Y detenido quedó el XIX en tierra monegasca. Al margen de la guerra. Y de las guerras. Y de las crisis de nervios del Continente-Europa que envejece. Al margen. Y dentro, sin embargo. Remanso mientras el mundo tiembla. Fiebre cuando el mundo se apacigua. Luminarias de fiesta entre palmeras y parterres floridos. Para festejar... lo que sea. Tanto como festejarse a sí mismo cada día. Contraste singular el de este mundo monegasco en pleno siglo XIX detenido. Y con la firme decisión de detenerse. ¿Puede ser país alguno "tierra de fortuna", si más acá del siglo XIX vive?

J. B. TOLEDO

Burdeos, 1951. (Especial para EL DÍA).



La roca monegasca, Montecarlo, y las hoces de oro.



Detalle del plafón central del Teatro Larrañaga, en Salto.



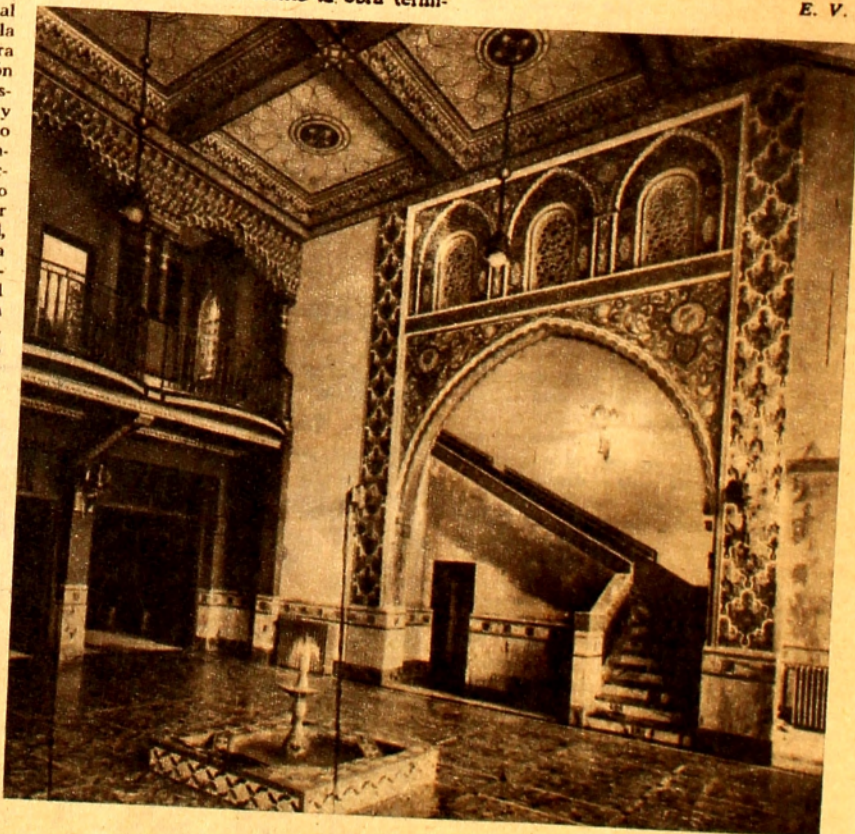
Alberto Albertazzi, en su taller.

nada, gloria de la iniciativa batllista, y trabajo del esfuerzo combinado de artesanos italianos y uruguayos. Ya solo, y decidido a quedarse en el Uruguay — del que se hizo ciudadano legal — Albertazzi comienza una serie de trabajos en cines y teatros de nuestra capital e interior de la República, así como combina decoraciones que ejecuta en diversos estilos y técnicas, en edificaciones de diversa índole y categoría. Una de estas obras, es la del actual café Tupi-Nambá, inaugurado con la asistencia del Presidente de la República don José Serrato, y del cual Albertazzi no sólo decoró, sino que tuvo a su cargo la arquitectura y decoración interior, hasta de los muebles, etc. También se cuenta entre sus decoraciones las del Palacio Salvo y su salón de fiestas, así como muchas otras que sería oneroso enumerar.

Son cantidad las decoraciones ejecutadas en Buenos Aires por Albertazzi. Entre las más destacadas, se encuentran las realizadas en el Club Canotieri (Tigre), Cine Normandy, una decoración completa en la Casa Paramount, etc. Luego dicta clases en nuestra Escuela Industrial por el lapso de un año, en 1939.

Hemos apreciado en la visita que realizáramos a su taller, una serie de trabajos sobre escenografías realizadas, no sólo con mucho oficio y conocimiento, sino con sentido de vuelo imaginativo, interpretando las obras clásicas y modernas, con colorido bello y clara visión de la escena. Sus trabajos de restauración son ejecutados con máxima pericia, y los totales conocimientos del oficio de la pintura en todos sus aspectos, los domina Albertazzi con la experiencia de sus largos años, dedicados a ello, haciéndose en tal caso intérprete cabal de que los colores requieren para su pleno dominio algo de ciencia.

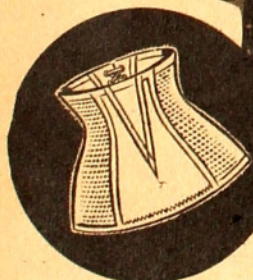
E. V.



"El Alcázar". (Salón).

"Pinturette"

Das modelos diseñados para "shuetz" el cuerpo según la moda, haciendo cinturas más finas y cadenas más graciosas.



EXIJA LA MARCA Leila EN LA PRENDA.

EN VENTA EN TODO EL PAIS

FAJAS Leila

Fabricantes y distribuidores: MEDINA HNOS. Gral. Urquiza 2614 - Tel. 400501

EL DECORADOR ENRIQUE ALBERTAZZI

LA Provincia de Novara en el Piamonte, le ve nacer el día 28 de diciembre de 1893, y es el sol de las montañas y el aire puro y recio de las alturas, que templan su carácter. Ya a los diez años los andamios sabían de sus pasos trabajando en una iglesia en la que ejecutaba un fresco el pintor Luigi Cavenaghi y su hermano Arquimedes. Así alternaba los estudios escolares con el trabajo de decoración — es decir su aprendizaje — y todos los días cambiaba el delantal de escolar por el guardapolvo de pintor. De noche estudiaba dibujos y pintura en la Escuela Seral de dibujo, y en la Academia de Brera de Milán. Estudiaba también en la Escuela Superior de Artes Aplicadas, instalada en el Castillo de los Duques Sforza, cuyo fundador y director, afresquista y restaurador, era precisamente Luigi Cavenaghi, el cual fundó dicha Escuela por imperativo de la necesidad, ya que la Academia de Brera enseñaba arte puro sin ninguna aplicación industrial y práctica. Los domingos se estudiaba perspectiva y copia de flores y paisajes del natural. Tal sistema riguroso y duro — al decir de Albertazzi — "enseña como el arte no es solamente una actividad mental, sino también una actividad complicadísima, que se debe de aprender paralelo al refinamiento de la sensibilidad, al conocimiento estético del arte y a la ciencia del dibujo, no habiendo otra manera de adquirirla, que la práctica larga del mismo, y la consecuente experiencia". En ese entonces empezó a conocer los misterios de la escenografía, forma de arte que ha practicado con resultados satisfactorios.

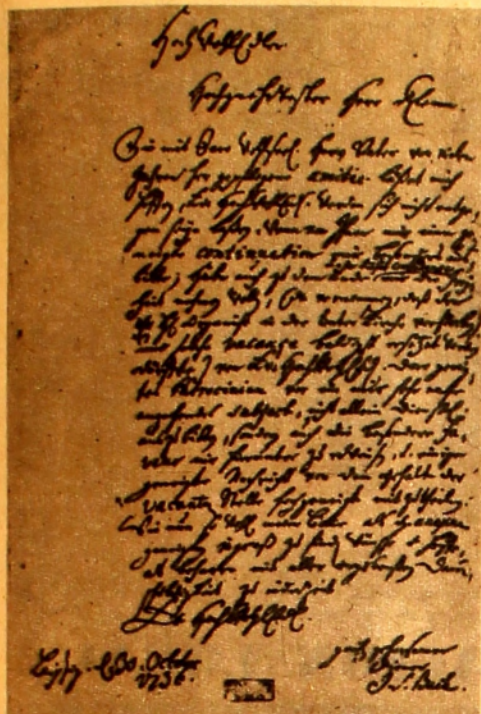
En los meses de invierno, cuando el afresco es imposible de ejecutar por el hielo y el intenso frío, los decoradores se retiraban a sus estudios a restaurar cuadros, oficio meticuloso y de suma responsabilidad, y Albertazzi, siempre en compañía de su maestro y hermano, aprendió hábilmente y a fondo dicho trabajo.

"Este oficio — nos dice Albertazzi — enseña a conocer primero el estilo de cada época o la escuela, y luego, las diversas maneras de pintar, tanto de los iconos bizantinos sobre fondo de oro, hasta la pintura renacentista, llegando empero hasta la robusta y alegre pintura del Siglo XVII".

Fue en el año 1914, que se abrió un hermoso panorama para el decorador Albertazzi, y que la guerra mundial tronchó antes que pudiera vivirlo. En aquella época, el arquitecto don Cayetano Moretti, le llevó, junto a sus inseparables maestros, a Alemania central, donde debían de ejecutar las decoraciones para el Pabellón Italiano en la Feria del Libro, pero ape-

nas terminado el trabajo, y a poco tiempo de la inauguración, se declaró la guerra y les dieron 24 horas para salir de territorio alemán. El servicio militar obligatorio le toma buen tiempo durante dos años, y mientras Italia no entra en la guerra puede seguir aún sus estudios; mas su ida a la zona de guerra se produce en 1915 hasta el año 18. A los tres días de liberado en sus servicios militares, se halla de nuevo sobre el andamio en una iglesia de Rapa illo, para ejecutar la decoración de la cúpula. Cayetano Moretti, el gran arquitecto que ejecutó nuestro Palacio Legislativo, da trabajo a Albertazzi en distintas obras de decoración, y es en el año 1922 que llega el gran arquitecto a Montevideo, y trae a los hermanos Arquimedes y Enrique. El primero tuvo a su cargo el trabajo por tres meses, dejando luego al segundo la tarea de ejecución y dirección de las decoraciones que hoy lucen en el monumental palacio. Son ellos 3900 metros cuadrados de fresco esgrafiado, ejecutados en los cuatro patios interiores, más la decoración en oro y colores en el techo de la sala de fiestas, llevándole estos trabajos hasta el año 1925, cuando don José Batlle y Ordóñez, inauguró solemnemente la obra termi-

CARTAS DE MUSICOS CELEBRES

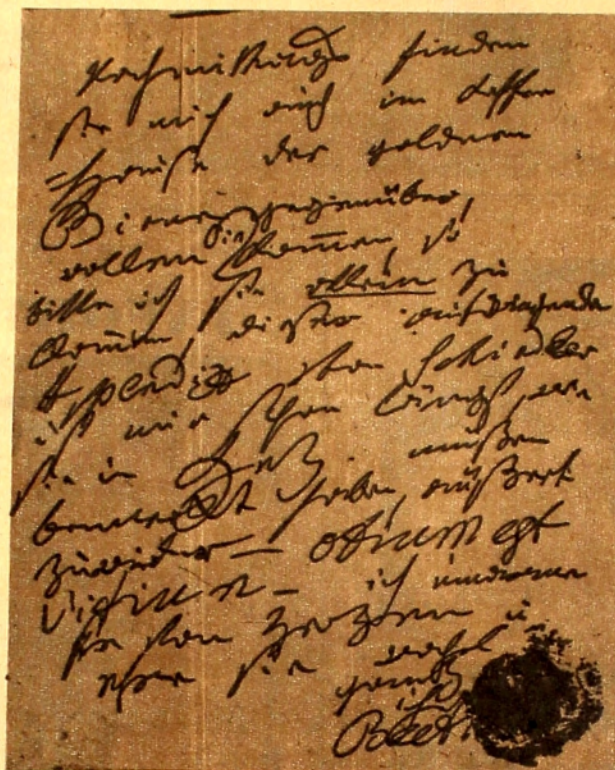


Firma sin titubeos y tranquila confianza parece expresar la mano de Juan Sebastián Bach. Esta carta la escribió el 30 de octubre de 1736. Tenía entonces 51 años y era "cantor" (director de coros y organista) en Santo Tomás de Leipzig. Su vastísima obra ya estaba casi terminada. La había creado con profunda fe, sin prisa pero sin pausa, como dijera Goethe de los astros y de los hombres creadores. Todo esto parece estar expresado en las letras de sus cartas. Claridad ante todo, rectitud y la absoluta convicción de una tarea, de un deber a cumplir en este mundo...

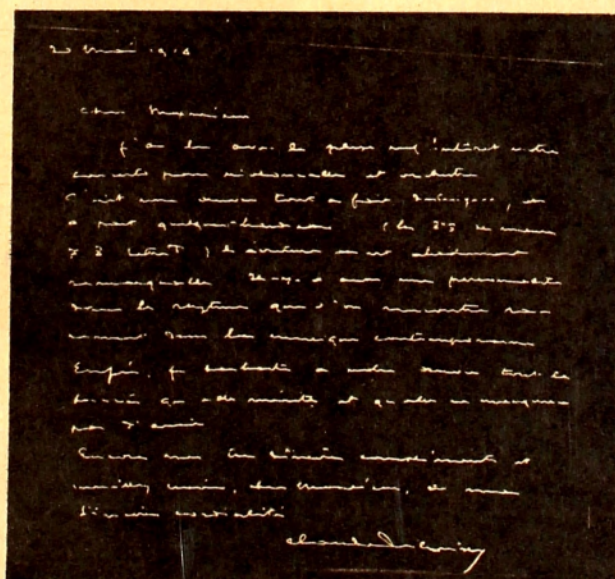
INTERESANTES no sólo para el grafólogo son las cartas de los genios. Aunque el músico se expresa con mucha mayor facilidad en signos musicales, su escritura revela, hasta al menos advertido, algo sobre su carácter y estado de ánimo. Quizá precisamente por esto, porque escribir cartas es menos común para el músico que componer obras —Schubert dejó más de 1.200 composiciones, pero apenas 70 cartas—, se ve en aquellas una clave para el alma de los grandes creadores. Y quien conoce su música encontrará siempre la más sorprendente similitud entre ésta y la escritura. Verémoslo en algunos ejemplos.

Dr. KURT PAHLEN.

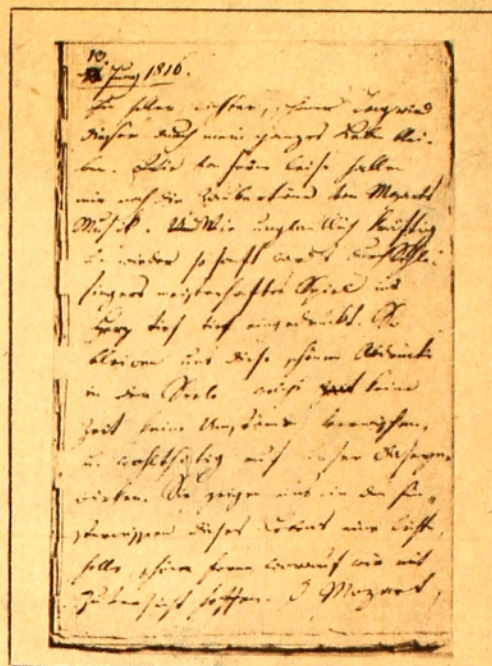
(Especial para EL DIA).



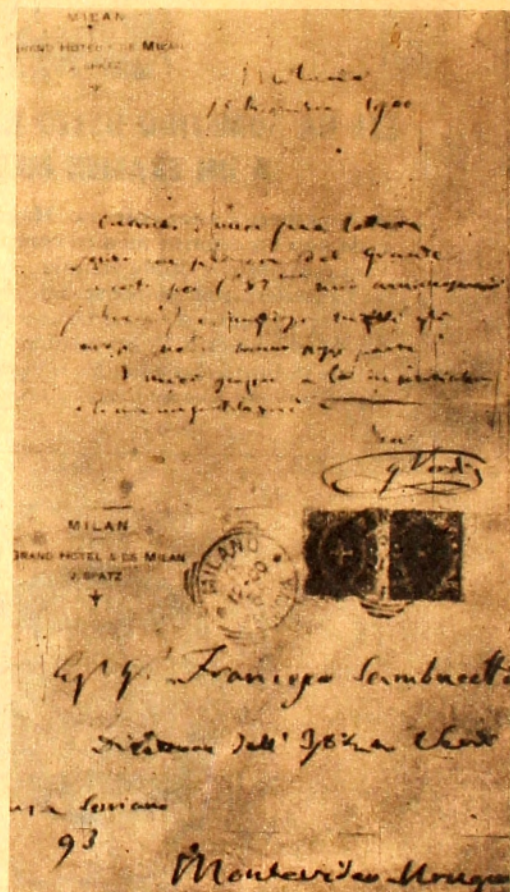
Veamos como contraste absoluto, estas líneas de Luis van Beethoven. Un estado sumamente excitado, irritado, se refleja en cada letra. Nada está en su lugar; algunas líneas largas, otras cortas, signos grandes, signos pequeños, y todo como si tuviera expresión de alguna lucha interior. Se trata simplemente de una esquila que Beethoven manda a un amigo invitándole a un café ("La pera de oro") pidiéndole que vaya solo, sin el "apéndice" (en latín lo escribe el maestro: Appendix) Schindler que le disgusta enormemente. "Odium est vitium", agrega Beethoven en latín... (Dicho sea entre paréntesis, ese Schindler fué uno de los más fieles y abnegados amigos de Beethoven, quien después de cada ataque de ira se reconciliaba con él). Todo esto y mucho más, quizá toda la tragedia del gran solitario, la continua lucha, las eternas dudas, la nostalgia y el sufrir, están en esta simple nota del genio...



Otro mundo, otro panorama del alma totalmente distinto. ¡Qué uniformidad de escritura! ¡Qué ausencia de rasgos violentos, de contrastes! Suave fluye todo, sin exaltación, noble, estético. Si hay luchas, la mano las esconde (para el lego, no para el grafólogo, se entiende). Es una carta de Claudio Debussy fechada en 1914, pocos años antes de su muerte, dirigida a un compositor latinoamericano, el chileno Humberto Allende. Quién conoce la música —suave, soñadora, impresionista, casi irreal— de Claude de Francia (como lo llamaron), la encontrará sin dificultad reflejada en esta carta



La ingenuidad es el rasgo principal de esta escritura. No sólo la ingenuidad de los 19 años que cuenta el músico que anota aquí sus impresiones en un diario íntimo, sino la ingenuidad que le será característica hasta su muerte, acaecida 12 años después. Es Franz Schubert quien escribe así, y sus líneas son un himno a la música de Mozart. Pocas almas tan puras entre los músicos —y entre los hombres en general— como aquella del pobre muchacho de barrio vienés llamado Franz Schubert...

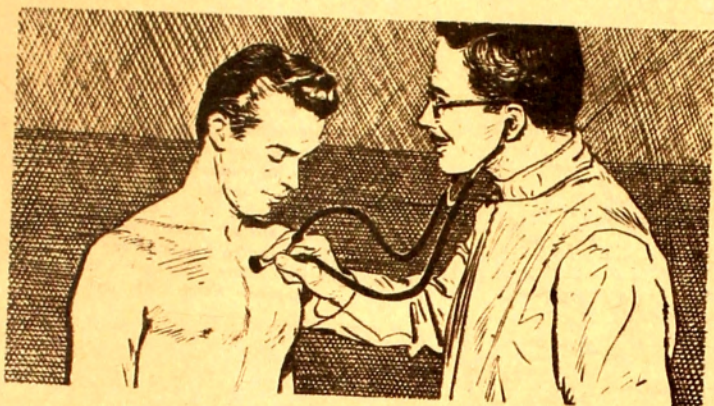


Terminemos la lista con una notable carta cuyo original se encuentra en Montevideo, en el Museo Municipal del Instituto Verdi. Tiene para nosotros un doble significado: dirigida a un músico cuya obra en el Uruguay ha sido notable y digna de encomio: don Francisco Sambucetti, la carta es quizá la última de puño y letra de uno de los grandes en el reino de la música. Giuseppe Verdi. Fechada pocas semanas antes de su muerte (1901), muestra aún el firme trazado de una mano enérgica. "El campesino de Roncole", como él mismo se llamara, está bien visible en cada letra esa bondad, sinceridad, amor a la tierra y todo lo bello. Sencillez y al mismo tiempo suprema sabiduría, hacia la cual ha llegado un infatigable buscador en 88 años de autoeducación... El texto castellano de la carta es el siguiente: "Milán, 17 de diciembre 1900. — Honrado por una carta suya, sé con placer del gran concierto por el 87º aniversario de mi nacimiento (¡ay de mí!) y agradezco a todos los artistas que han tomado parte. De donde aquí, a Ud. en particular, mis más sinceras congratulaciones. — Su devotísimo J. VERDI."

Tan nervioso como Beethoven, y quizá en peor estado de ánimo aún, porque le faltaban las titánicas fuerzas para sobreponerse a todo en pos de la obra, se hallaba el autor de esta carta. Fué Roberto Schumann, a la edad de sólo 30 años. Profunda melancolía lo atacaba ya entonces, de vez en cuando. En la tarde en que escribió esta carta tuvo, sin duda, más que nunca, motivos para estar sobresaltado. "Dentro de una hora, Clarita..." empieza la carta. Dentro de una hora se iba a decidir su destino: podría o no casarse con Clara Wieck, su compañera de conservatorio, el único y grande amor de su vida. El padre Wieck, maestro de piano de ambos, se opuso furiosamente. Ignoramos las causas; quizá preveía la catástrofe que 14 años más tarde le sobrevendría, la noche mental y el suicidio de Roberto, uno de los más geniales compositores del romanticismo. Un tribunal debió decidir, y después de escuchar a ambas partes resolvió que Roberto Schumann podía casarse con Clara Wieck... El matrimonio más ideal surgió de aquella sesión del juzgado. "Dentro de una hora, Clarita..." Pero en la letra de esta carta ya vemos la horrible inestabilidad de un espíritu enfermo, ilegible corre la pluma en nerviosa prisa; en ningún lado hay calma, hay salvación para esta mente sufriendo, ni siquiera en el amor de una mujer, compañera ideal, la habría de obtener...



Los productores de frutas de Melilla, hicieron un generoso reparto de frutas a los internados de la Colonia Saint Bois, Piñeyro del Campo, Fermin Ferreira e Instituto de Ciegos, simpático gesto que renuevan todos los años, apareciendo en estas notas dos aspectos de la distribución.



¿SE HA SOMETIDO USTED RECIENTEMENTE A UN EXAMEN MEDICO?

● No espere a estar enfermo. Hágase cada año un examen médico completo. Con esto obtiene doble ventaja: 1) Las enfermedades que se descubren a tiempo pueden ser tratadas con más facilidad y acierto. 2) Su médico puede indicarle las medidas necesarias para conservarse fuerte y sano.



SQUIBB

Productos Farmacéuticos
desde 1858

INFORMACION LOCAL



Documental cinematográfica sobre la vida de Artigas, exhibida en privado ante las autoridades de gobierno y distinguidas personalidades en el cine Eliseo.



Apertura de las propuestas para las obras de ampliación del puerto de Montevideo y remodelación de la bahía, acto realizado en el edificio de la Administración Nacional de Puertos, con asistencia de personalidades oficiales y representantes de las empresas licitantes.



Al conmemorarse un nuevo aniversario de la batalla de San Antonio, brillante hecho de armas con el que culminó la campaña de Garibaldi en el Uruguay, se realizó un homenaje recordatorio a los legionarios italianos que lucharon contra la tiranía rosista. El homenaje fué organizado por "Casa Garibaldi" y otras corporaciones adheridas.



Unicos Importadores: FRANCISCO LOPEZ Y CIA.



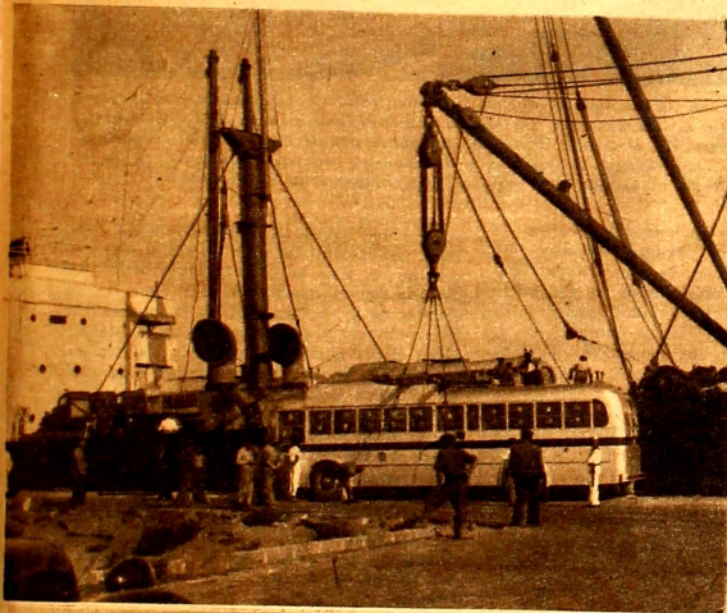
Reunión en el Parque Rodó de los nuevos núcleos juveniles del Sporting Club del Uruguay, participantes en las competencias preparatorias de la Tercera Olimpiada Sportingiana.



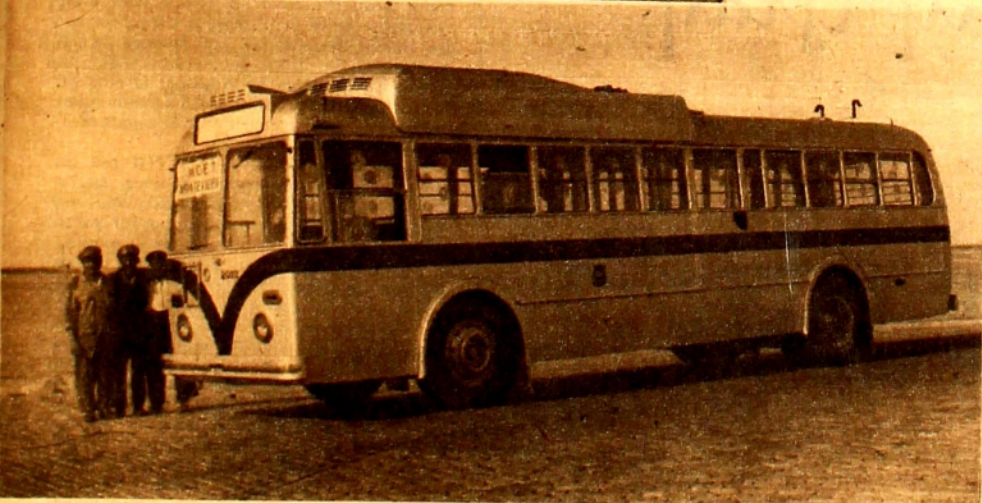
Maestros del interior de la República, asistentes a un reciente Congreso realizado en Montevideo, visitando la Casa Americanista, desearios de conocer su museo y exposición permanente de arte.



Maestros de escuelas del interior de la República, asistentes a un reciente Congreso Magisterial realizado en Montevideo.

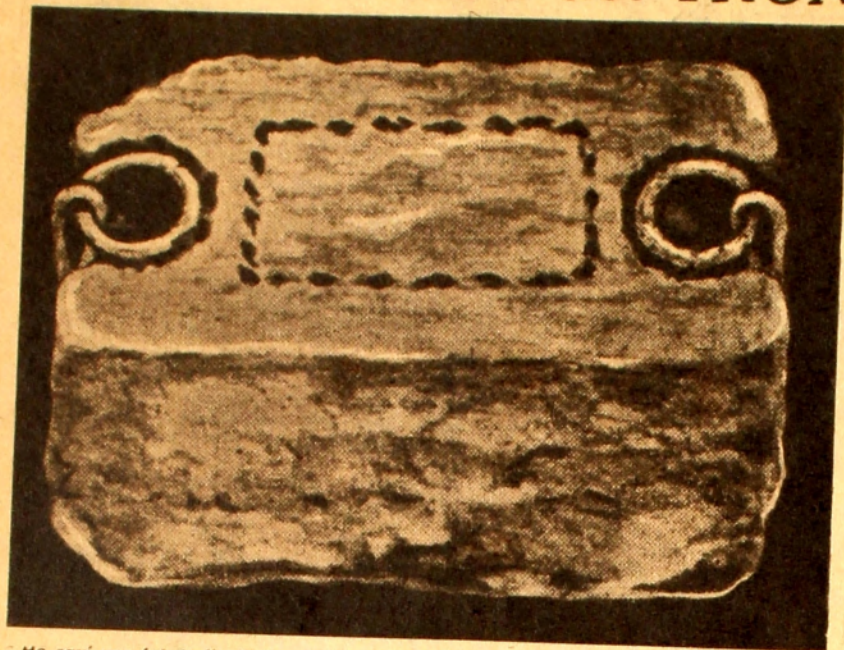


Fiesta conmemorativa del 9º aniversario de la fundación del Círculo de Cronistas Deportivos, con un baile infantil de distracción, al que asistieron los familiares de los socios.



Los siete primeros coches trolley-bus, de los 250 adquiridos por la AMDET para el servicio de transporte de pasajeros en Montevideo, han llegado ya y serán puestos en circulación inmediatamente. Ofrecen las notas aspectos del desembarco, el exterior de líneas elegantes y el interior, que al parecer es cómodo y amplio.

El ROBO del TRONO de INGLATERRA



He aquí una fotografía de la célebre "piedra del destino" que, como asiento del "trono de la coronación" se conservaba en la Abadía de Westminster, en Londres. La piedra fué robada sin que hasta el momento se sepa nada acerca de los autores de ese robo, el más espectacular de la historia, por múltiples razones. Los ladrones tuvieron que ser gente muy hábil, pues la piedra estaba asegurada a la silla con fuertes clavos de hierro.

En la Guía de la Abadía de Westminster, de Mrs. A. Murray Smith y de Lady Birchenough, aparece la siguiente descripción de la "Silla de la Coronación", con referencia especial a la "piedra del destino", reliquia legendaria, símbolo máximo de las primitivas luchas de ingleses y escoceses, robada de la citada abadía sin que hasta el momento haya podido recuperarse.

La Silla de la Coronación fué construída para Eduardo I, con el objeto de incrustar en ella la famosa Piedra de Scone, de la cual se apoderó en el año de 1297 y luego depositó en la Abadía, bajo la responsabilidad del abad. Los escoceses intentaron vanamente, en repetidas ocasiones, que les fuera devuelta aquella reliquia, que mide unas veintiséis pulgadas de largo, unas diez y seis de ancho y unas diez de espesor y pesa exactamente 458 libras y está fijada a la silla por medio de agarraderas de hierro. La tradición identifica esta piedra como aquella en que Jacob reposó la cabeza en Bethel. ("Y Jacob despertó muy temprano, a la mañana siguiente, y tomó la piedra que le había servido de almohada y la erigió como columna y vertió aceite sobre ella". (Génesis, 28, 18). Los hijos de

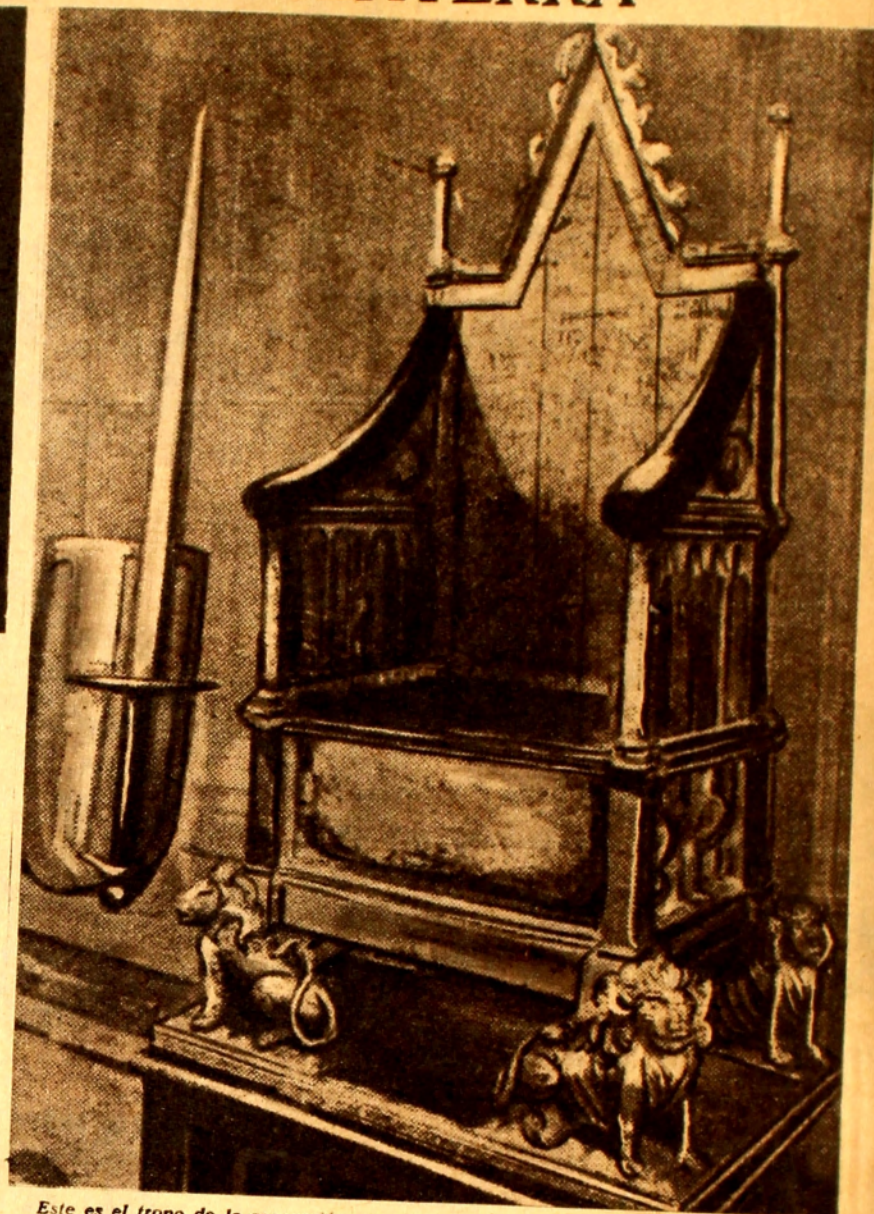
Jacob la llevaron a Egipto, de donde pasó a España con el rey Gatelo, hijo de Cecrope, el constructor de Atenas. (Según la leyenda escocesa, Scota, la hija del faraón, la llevó a Albión y Moisés le dijo que la victoria acompañaría a la piedra). Aproximadamente en el año 700 antes de Cristo aparece en Irlanda, a donde habría sido llevada por el hijo del rey de España, Simón Brech, cuando invadió aquella isla. Fué colocada en la colina sagrada de Tara, y recibió el nombre de Lia-Fail, o sea la piedra "fatal" o "piedra del destino", porque cuando los reyes escoceses se sentaban en ella en el momento de la coronación, la piedra lanzaba un gemido claramente perceptible, si se trataba de un individuo de sangre real, y permanecía silenciosa si se trataba de un intruso. Fergus II, fundador de la monarquía escocesa, y uno de los individuos de sangre real del país, la recibió, en Escocia, y finalmente en 1850, el rey Kenneth la depositó en el monasterio de Scone. Dejando a un lado los mitos primitivos, resulta incontestable el hecho de que la piedra ha sido durante muchos años objeto de veneración para los escoceses, que se han jactado de que mientras la piedra ha estado dentro de los límites de su país, el Estado ha sido invencible. A partir de John Balliol, sus reyes fueron coronados sobre esta piedra, y se dice que Kenneth hizo grabar en ella el siguiente distico: "Ni

fallat fatum, Scoti quocumque locatum — invenient lapidum regnare tenentur ibidem". (Si el destino se muestra propicio, dondequiera que esta piedra se encuentre, los escoceses verán coronados monarcas de ese reino). Profecía que se cumplió con la ascensión al trono de James VI de Escocia y I de Inglaterra. Eduardo mandó construir una magnífica silla de roble para incrustar en ella la piedra. Dicha silla fué pintada por el maestro Walter (uno de los artistas de la cámara pintada del palacio de Westminster) y decorada con figuras de pájaros, flores y animales sobre fondo dorado, protegido con una hoja de cristal. La silla se conserva notablemente deteriorada.

La figura de un rey, el Confesor o Eduardo I, aparece en el espaldar, con los pies sobre un león. Los leones de oro que aparecen abajo, son posteriores. Esta silla la han ocupado desde entonces todos los monarcas de Inglaterra para presentarse en el santuario de las coronaciones el día de su ascensión al trono. Sólo fué retirada una vez de la Abadía de Westminster, cuando Oliverio Cromwell la ocupó para proclamarse Lord Protector en Westminster Hall.

Durante la Gran Guerra, la silla y la piedra fueron depositadas, por razones de seguridad, en la cripta de la cámara del capítulo. En la época de Addison, la silla no estaba defendida por una barandilla, pues los guías imponían una multa a toda persona que se sentara en ella.

El menosprecio del siglo XVIII por las reliquias de la antigüedad, aparece acertadamente ilustrado por el Ciudadano del Mundo, de Goldsmith, quien no "encontró nada curioso ni en la silla ni en la piedra... Si pudiera mirar en la silla a uno de los antiguos reyes de Inglaterra, y la cabeza de Jacob sobre la piedra, el espectáculo sí sería realmente curioso". En el siglo XIX se grabaron varios nombres en la silla, entre otros el de un "abad" que se jactó de haber dormido toda una noche con la famosa piedra por almohada. En junio de 1914, una bomba oculta en el bolso de mano de una mujer, causó algunos desperfectos a la silla y a los montantes de la piedra. Al lado izquierdo de la silla se conservan la espada, "la monumental espada que conquistó a Francia" (Dryden) y el escudo de Eduardo III. La espada pesa 18 libras.



Este es el trono de la coronación, una de las más preciadas reliquias que se conservan en la Abadía de Westminster. La mandó construir, con madera de roble, Eduardo I de Inglaterra. En él estaba incrustada la piedra del destino. Estaba... porque fué robada en circunstancias misteriosas y de posibles repercusiones políticas. A la izquierda, el escudo y la espada "que conquistaron a Francia".

Los productos Dorothy Gray son el resultado de largos e intensivos estudios, pruebas y experimentos científicos... Por eso...

confíe en

Dorothy Gray

1. LIMPIE

su cutis. Si su piel es *resaca*, límpiela con la penetrante Crema 683. Si su cutis es *combinado*, use Crema Suavizante. Y si es *grasa*, la sin par Crema Licuante.



¡Haga que su cutis aparezca cada día más encantador, más juvenil... siguiendo el famoso y sencillísimo Tratamiento Básico 1-2-3 de Dorothy Gray!

2. ESTIMULE

su piel. El cutis *resaca* cobra una encantadora apariencia si se estimula con Loción Flor de Azahar, de Dorothy Gray, aplicada con ligeras palmaditas. Para cutis *graso* o *combinado* use la Loción Cutánea.



3. LUBRIQUE

sus tejidos. El cutis *resaca* adquiere una juvenil tersura con la Crema Extra Rica. Y para lubricar los tejidos, en los cutis *combinados*, la Mixtura Especial. El cutis *graso* necesita la Crema Suavizante.



Tarzan

por *EDGAR*
RICE BURROUGHS



LOS GUARDIAS DE LA EMPALIZADA HABÍAN DEJADO SUS PUESTOS, DANDO ASÍ A TARZÁN UNA DÉBIL PROBABILIDAD DE AYUDAR A MABULI.



EL HOMBRE-MONO SE ARRASTRÓ HASTA LA CHOZA JUSTO A TIEMPO DE VER A BAKER EN EL MOMENTO EN QUE IBA A SOLTAR SUS VENENOSOS REPTILES.



DE REPENTE UNA FAJA DE ACERO SE CERRÓ SOBRE LA GARGANTA DEL TRAIDOR.



LEVANTANDO A BAKER, EL SEÑOR DE LA SELVA LO APRETÓ CON FUERZA.

HUBO UN MOMENTO DE LUCHA... LUEGO EL SILENCIO.



TARZÁN SE ARROJÓ A MABULI SOBRE SUS HOMBROS Y SALIÓ CORRIENDO DE LA CHOZA. INSTANTANEAMENTE FUE DESCUBIERTO POR LOS DAGOMBAS. CON DESESPERADA VELOCIDAD SE ENCAMINÓ HACIA LA EMPALIZADA.

HOGARTH

1002

CX-32
DE MONTEVIDEO Y ONDAS CORTAS
CX-A-2

ESCUCHE
"Las Aventuras de Tarzán"

Un emocionante programa radiofónico, que se transmite de LUNES a SABADOS a las 20 y 40

Adaptación libre de Taño Bermúdez



Casa Soler

SOLER HNOS. S.A.

NUESTRA OFERTA Semanal

Debe llegar a todos los hogares por la seriedad y conveniencia que representan sus precios

SECCION TEJIDOS
GRAN SALDO
de Taffetas, Rayolines, Repts, Tusores, Panamá, Shantoungs y Foulards, en colores lisos y fantasías, de \$ 3.00 y \$ 2.50 a
\$1.90
el metro

SECCION FANTASIAS
Original **DULCERA**
o Bombonera en vidrio prensado, color blanco, alto 18 cms. a
\$3.00 c/u

SECCION ARTICULOS PARA EL HOGAR
CARPETAS
de hule en delicados colores y estampados originales. Medida: 1.30 x 1.30 a
\$6.00 c/u

SECCION HOMBRES
CALZONCILLOS
en fuerte drill, buena confección, todos los talles a
\$2.50 c/u

SECCION NIÑOS
TRAJECITOS
Baby, en tela lavable, en variedad de colores. Talles 3 y 4 a \$ 4.70. Talles 1 y 2 a
\$4.20 c/u

SECCION SEÑORAS
BOMBACHAS
en jersey de seda, en todos los talles y colores a
\$1.00 c/u

Para sus vestidos de Turismo, visite nuestra sección Tejidos.
Extraordinario surtido de telas nacionales y extranjeras con precios al alcance de todos.

En nuestras tres casas:

SUC. GOES
Av. GAL FLORES 2341
ESQ. M. BERTHELOT

CASA MATRIZ
Av. AGRACIADA 2302
ESQ. M. SOSA

SUC. CORDON
Av. 18 DE JULIO 1601
ESQ. CARLOS ROXLO

CLIENTES DEL INTERIOR EFECTUEN CON TIEMPO SUS PEDIDOS CONTRA REEMBOLSO